



La resistencia de las
PaLaBRAs,
Las HISTORIAS que nos cambiaron



La resistencia de Las
PaLaBRAS,
Las HISTORIAS que nos cambiaron





Institución Universitaria Politécnico Gracolombiano

Calle 61 No. 7 - 66
Tel: 7455555, Ext. 1516
Bogotá, Colombia

© Derechos reservados
Primera edición, marzo de 2024

La resistencia de las palabras, las historias que nos cambiaron

ISBN impreso: 978-628-7662-15-5
ISBN digital: 978-628-7662-10-0

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial
Eduardo Norman Acevedo

Analista de producción editorial
Guillermo A. González T.

Corrección de estilo
Nayibe Lara

Diseño y diagramación
Nelson Rocha Sánchez

Impresión
CMYK Diseño e impresos SAS

¿Cómo citar este libro?
Romero-Bracho, CM y Téllez, M. (Eds.)
(2023). *La resistencia de las palabras,
las historias que nos cambiaron*. P. 118.
Institución Universitaria Politécnico
Gracolombiano.

La resistencia de las palabras, las historias que nos cambiaron. / Carmen Mercedes Romero Bracho ; Marcela Fernanda Téllez Pedraza, editoras. -- Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Gracolombiano., 2023.

114 p. : il; col. ; 20 x 20 cm.

ISBN 978-628-7662-15-5
eISBN 978-628-7662-10-0

1. Cuentos cortos 2. Polílee -- iniciativa literaria 3. Obras literarias -- crítica e interpretación. 4. Crónicas -- ejercicio académico I. Institución Universitaria Politécnico Gracolombiano II. Polílee III. SISNAB IV. Tit.

SCDD 863. 6
Co-BolUP

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB
Institución Universitaria Politécnico Gracolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Gracolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Gracolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Compartir igual.



El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Gracolombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC).

El proceso de Gestión editorial y visibilidad en las Publicaciones del Politécnico Gracolombiano se encuentra CERTIFICADO bajo los estándares de la norma ISO 9001: 2015 código de certificación ICONTEC: SC-CER660310

TABLA DE CONTENIDO

Presentación	4
Prólogo.....	6
El Principito: enseñanzas para toda la vida	9
La primera vez que morí.....	13
Como la primera vez.....	19
La oportunidad.....	25
Mi primera vez leyendo.....	31
Cambio de perspectiva	37
Volver a ser niño	43
La frase que me regresó a casa	45
Del amor al odio	47
El tesoro encontrado en pandemia	51
Lectura enemiga.....	55
Libros, una larga travesía llena de odio y amor	59
Los libros no tienen por qué solo ser texto	63
Mas allá de un libro	67
Romance oscuro en la literatura	75
Sin título	79
Transformación de un lector	83
Ultimate Spider-Man.	87
Muerte de un concepto infantil en comics	87
Siento que soy yo	93
Crónica de un lector.....	95
Crónica experiencia lectora	97
La lluvia sabe por qué.....	99
Sin rumbo.....	101
Felicidad confusa	105
Las cicatrices pueden ser útiles.....	109
¡Encuentra la sabiduría y compártela!.....	113



PRESENTACIÓN

“Seguiremos leyendo porque las páginas que amamos, en medio del infierno que vivimos día a día, son nuestra única redención posible”.

Mario Mendoza

“La resistencia de las palabras, las historias que nos cambiaron...” Este libro, es el resultado de la iniciativa institucional Polilee, del Politécnico Grancolombiano, cuyo objetivo es fortalecer la lectura crítica en los estudiantes, docentes y colaboradores de la comunidad del Poli por medio de una aproximación interesante y definida específicamente para cada libro seleccionado.

Es así como Polilee se nutre de espacios de encuentro y conversación con expertos, de contenidos sonoros y audiovisuales relacionados con el relato y su relación con el contexto, y del desarrollo de diferentes propuestas que, desde el aula de clase y las áreas del Poli, brindan la oportunidad de descubrir las múltiples perspectivas que una misma historia puede ofrecer.

En el primer semestre de 2023, nos sumergimos en la lectura del libro “Leer es resistir” de Mario Mendoza, invitando a la comunidad a convertirse en el autor principal de su propia crónica, bien fuera en formato visual o textual. Por medio de la convocatoria denominada “Crónica de un lector”, se buscó que los participantes compartieran sus experiencias con la obra literaria propuesta. Luego de un proceso de curaduría y revisión, se escogieron los ocho mejores cuentos, los cuales tuvieron su reconocimiento y premiación. Sin embargo, en esta ocasión, las demás crónicas postuladas, también hacen parte de esta publicación.

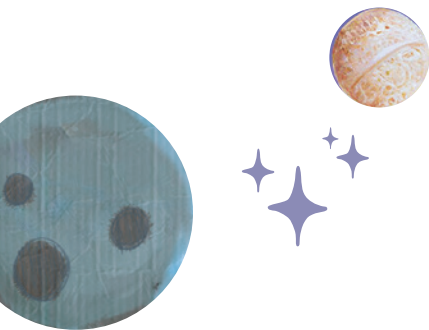


Desde el Sistema Nacional de Bibliotecas -SISNAB-, expresamos nuestro más sincero agradecimiento a todos los participantes y, de manera especial, a la editorial del Poli, por ser nuestro cómplice en la publicación de estos cuentos y relatos. Queremos resaltar nuestra constante invitación a todos los miembros de la comunidad Poli, para que se unan y participen activamente en los concursos y actividades culturales que planeamos semestre tras semestre. Tu obra podría ser la siguiente en destacarse y ser publicada. Este es nuestro segundo libro publicado, derivado de esta actividad. Te invitamos a consultar nuestro primer libro, “Cuentos virales para leer con tapabocas”, en las sedes de la Biblioteca del Poli o a través del Repositorio Institucional Alejandría.

Por esta razón, queremos invitarte para que hagas parte de esta travesía de la lectura y la escritura; de manera que podamos reflexionar sobre cómo estos actos pueden ser herramientas para vivir experiencias positivas y construir una mejor sociedad.

¡Únete y sé parte de esta emocionante experiencia!

Carmen Mercedes Romero Bracho
Directora Sistema Nacional de Bibliotecas
SISNAB



PRÓLOGO

Durante los últimos dos años, semestre a semestre, un grupo conformado por colaboradores del Sistema Nacional de Bibliotecas -SISNAB-, docentes de la Escuela de Educación e Innovación y docentes de la Escuela de Comunicación, Artes Visuales y Digitales, nos hemos reunimos con el propósito de idear la manera como vamos a asumir el gran reto para que la comunidad Poli se motive, se acerque a la lectura y la disfrute.

Las propuestas, en relación con el libro o el autor a leer, el mensaje central sobre el que queremos generar reflexión, así como el tipo de actividades, encuentros y procesos que se pueden desarrollar, empiezan a surgir, a validarse, definirse y finalmente a articularse en torno a ese relevante y ambicioso objetivo: apropiarnos de un libro como comunidad, y fortalecer nuestros hábitos de lectura.

El 2023-1 fue, sin lugar a duda, una versión especial para Polilee, porque nos dimos a la tarea de explorar un libro que desde su propio título ya nos planteaba una noción bastante interesante: “Leer es resistir” de Mario Mendoza. Esta lectura nos permitió conversar acerca de las diversas formas en que una historia, unos personajes, unos lugares y el tiempo de las vivencias, contenidos en un libro por medio de la palabra escrita, tienen la capacidad de tocar nuestras vidas y anclarse en la memoria, para resurgir quizá cuando busquemos refugio, necesitemos un referente, o simplemente cuando queramos volver a ver en ese gran espejo el sentido de lo humano. Ese es el poder de la lectura: las transformaciones que desencadena, las preguntas que nos hace formular, los desencuentros y críticas que propicia cuando estamos en orillas diferentes respecto de lo narrado, y las resistencias que emprendemos tras ese encuentro con los relatos.

Leer, en el sentido amplio y profundo de la palabra, no significa tener la capacidad de decodificar un texto; más bien, se refiere a la posibilidad de emprender búsquedas y responder a la pregunta de quiénes somos; porque mientras vamos tejiendo esa trayectoria individual de aproximación a los libros, tomamos decisiones, asumimos posturas, nos llenamos de palabras e imágenes, y afinamos la mirada sobre el mundo y todo lo que nos rodea.

El punto de partida para lograr los textos y las producciones audiovisuales que componen la primera parte de este libro, consistió precisamente en la exploración profunda que hicieron los estudiantes sobre aquellas vivencias que, como lectores -o no lectores-, incidieron en las percepciones, apegos y desapegos que hoy en día tienen con respecto al libro y la lectura. Tras revivir el recuerdo, cada uno se dio a la tarea de narrarlo e inmortalizarlo a través de una crónica audiovisual o escrita que, en su conjunto, no solo nos dejan ver la diversidad de trayectorias y caminos que se construyen en torno a las palabras, sino la complejidad y el mundo interior de cada ser humano.

Esperamos que se deleiten con las crónicas que siguen a continuación y que se sumen a esta posibilidad de la lectura y la escritura como lugares desde donde podemos nombrar y construir un mundo mejor.

Marcela Fernanda Téllez Pedraza

Centro de Lectura, Escritura, Oralidad y Apropiación de la Ciencia

CELEO



Ilustración: Daniel Urbina



El Principito: enseñanzas para toda la vida

Charly

En aquella soleada mañana de un día sábado, día después de mi graduación, me encontraba poniendo un par de libros y muchas otras cosas en una caja para así darlos en donación ya que serían cosas que yo ya no usaría y seguro a otras personas si les podría servir. Después de limpiar y guardar un par de libros, fui al armario para buscar más cosas, y a medida que iba guardando los ejemplares, más vacío quedó aquel mueble hasta que noté algo que no había visto antes. En un rincón del armario, debajo de un par de camisetas y envuelto en una bolsa negra, se encontraba una vieja caja de un color rojo brillante con diseños de super héroes, llena de polvo, parecía haber estado allí durante varios años, debido a que estaba bastante sucia y algo rota.

Con mucha curiosidad decidí abrir la caja, encontré un montón de recuerdos de mi infancia que rápidamente se apoderaron de mi cabeza, el olor a cosas viejas no hacía más que llenar mi mente de nostalgia y felicidad, juguetes, fotos, cartas y algunos tazos se encontraban dentro. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue un viejo libro cuya cubierta de color azul estaba ligeramente gastada y las páginas algo arrugadas. Cuanto más lo miraba, más recordaba. De repente tuve una extraña sensación que me hizo retroceder en el tiempo. Me encontraba en la biblioteca del colegio, donde por pura curiosidad decidí explorar. Seguí mirando las novelas gráficas y cómics que allí se encontraban, sin embargo, ninguna me llamaba la atención. Después de un tiempo, cuando me aburrí un poco y sin nada más que hacer, tomé la decisión de irme. Camino a la salida y mientras masticaba un dulce sabor a fresa, me encontré con un libro que rápidamente captó mi atención, me acerqué lentamente a la estantería en la que se encontraba y al estirarme lo logré alcanzar; grande fue la sorpresa que me llevé al ver que se trataba de “El Principito”.

Había oído hablar muchas veces sobre aquel libro, por parte de mis padres, amigos y profesores, pero nunca me había animado a leerlo ya que no me llamaba la atención la lectura de cosas que no fueran comics, novelas gráficas o mangas. Sin embargo, algo en aquel momento, una extraña sensación, me hizo sentir que tenía que llevármelo. Esa noche, comencé a leer aquel libro que tanta curiosidad me dio, me sentía algo emocionado y sorprendido por esas ganas que tenía de leerlo. Mientras más leía, más me cautivaba esa historia. La historia, que aparentemente era para niños, me hizo reír y llorar en muchísimas partes. El Principito era un personaje con una gran sabiduría, a pesar de su apariencia infantil. El libro me hizo pensar sobre mi vida, mi futuro y mi lugar en el mundo. La historia me llevó a un mundo imaginario lleno de personajes mágicos y magníficos, mientras avanzaba, mi cabeza se transportó a un lugar mágico y misterioso, lleno de color y alegría, donde logré ver más allá de todo, fue un lugar donde la ficción y la realidad se juntaron. Recuerdo que más tarde en esa noche, soñé con ser amigo del Principito y vivir miles de aventuras junto a él y al zorro, viajando de planeta en planeta ayudando a quienes más lo necesitaran.

Cuando volví al presente, la sensación de nostalgia y felicidad que había inundado mi mente era indescriptible. Me había olvidado por completo de aquellos momentos en los que había descubierto la historia del Principito, y ahora, en ese momento, todos esos bellos y magníficos recuerdos habían vuelto a mi mente de una forma intensamente sorprendente. Me preguntaba cuánto tiempo había pasado desde entonces, desde aquella época en la que la vida parecía más sencilla y los problemas no eran tan recurrentes como parecen ser ahora. Me recosté en mi cama con el libro en mis manos, examinándolo con mucho cuidado. El papel se había puesto bastante amarillo con el tiempo y las esquinas estaban ligeramente dobladas, pero el contenido seguía siendo el mismo, emocionante y lleno de sabiduría tal y como lo recordaba. Me di cuenta de que, aunque había pasado mucho tiempo desde que lo había leído por primera vez, las enseñanzas y los valores que había aprendido de él seguían siendo útiles en mi vida actual.

Recordé la famosa frase del libro que decía “Lo esencial es invisible a los ojos”, frase que significa que el verdadero valor de las cosas no siempre es tan evidente como parece, y es una completa verdad. A menudo nos enfocamos en cosas superficiales, en las apariencias y en las posesiones materiales, sin darnos cuenta de lo que realmente importa en nuestras vidas, las relaciones, las

emociones, las experiencias, las lecciones que nos da la vida, las alegrías y las tristezas, siempre del lado de nuestros seres queridos. Me di cuenta de que aquel libro había sido algo importante en mi vida, y una experiencia que había dejado una huella en mi mente y en mi corazón. Gracias al libro de El Principito, había aprendido a apreciar la belleza de cosas que para muchos parecen ser bastante simples, a valorar la amistad y el amor, y sobre todas las cosas a no pensar solo en mí, sino también en los demás. Al recordar todas aquellas enseñanzas que ese libro dejó en mí, entendí que debía ponerlas en práctica cada día de mi vida, y compartir dichas enseñanzas con las personas que me rodean.

Me di cuenta de que aquel libro no era simplemente una historia para niños, sino una historia que había cambiado mi vida para siempre y seguro la de muchos otros que, como yo, quedaron fascinados con aquel hermoso libro. Decidí que, en vez de donar el libro junto con los demás objetos que tenía en la caja, lo guardaría en un lugar especial para siempre. Sabía que, en cualquier momento en el que necesitara un poco de inspiración, podría volver a sus páginas y encontrar las palabras de sabiduría que había aprendido de él en el pasado. Entendí que, aunque ya había pasado mucho tiempo desde aquellos días de mi infancia, las enseñanzas y los valores del libro seguían siendo tan poderosos e importantes como lo habían sido en ese entonces.

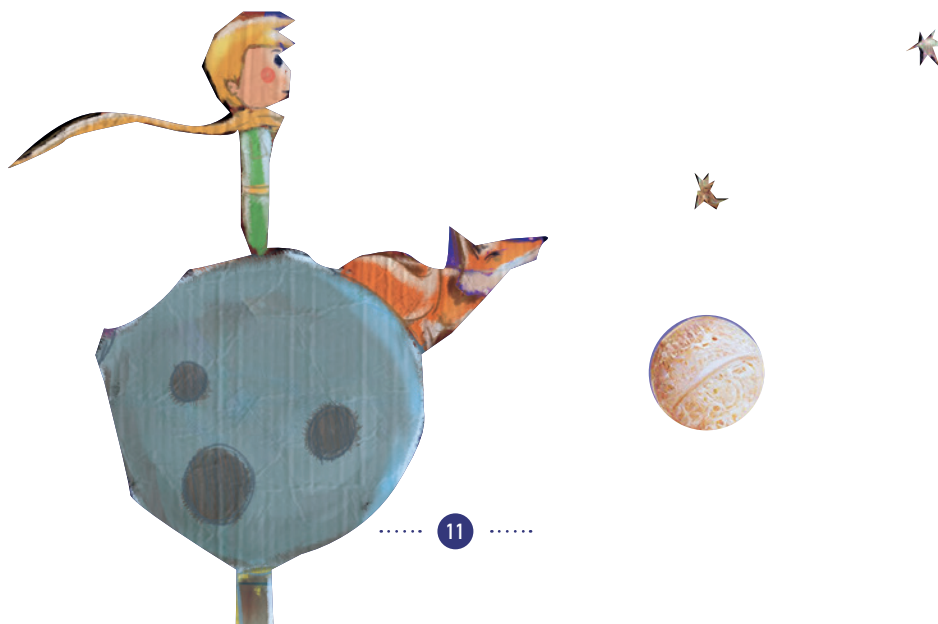




Ilustración: Paula Juliana Ramírez



La primera vez que morí

Salomé Nuñez

Es impresionante la forma en la que la lectura puede cambiar tu vida, tu manera de ver las cosas, e incluso tu forma de ser. Ese increíble conjunto de páginas cargados con grandes historias en los cuales te puedes sumergir por horas sin siquiera notarlo; explorando mundos, conociendo gente y sus diferentes historias y aprendiendo cosas nuevas en cada página.

Mi amor y fascinación por la lectura comenzó desde una temprana edad, leía los cuentos y pequeños textos que nos sugería nuestra profesora y la institución donde estudiaba, los cuales eran bastante interesantes para mí en ese entonces; desde un conejo de felpa que logró convertirse en un conejo de verdad, hasta una niña que se enviaba cartas con otro niño para poder jugar juntos. Un increíble conjunto de páginas con sorprendentes historias que me mantenían despierta hasta altas horas de la noche recorriendo cada palabra que leía, transportándome a diferentes mundos y a diferentes épocas.

Sin embargo, no todo era fácil para mí. Los profesores rápidamente identificaron un problema en mis hábitos de comprensión lectora, ya que no sabía redactar y al momento de hacer resúmenes transcribía el cuento tal cual era, o al menos las primeras tres líneas. Esto realmente no afectó mi gusto por la lectura, recuerdo que mi mamá me leía todas las noches y me pedía que le contara lo que ella había leído, lo cual con el tiempo se convirtió en una costumbre y empecé a leer después de llegar del colegio o después de terminar mis tareas. Al menos así era la mayoría de los días que no jugaba con mis muñecos o veía la televisión.

Creo que una de las personas que más influyó en mi amor a la lectura fue mi hermano. El leía bastante y yo lo admiraba, como la mayoría de los hermanos admira a su hermano mayor. Solía imitar muchas cosas de las que él hacía, incluyendo, obviamente, su hábito de leer.

Mi abuela solía vivir con nosotros y era la persona que me cuidaba por las tardes. Debido a la falta de habitaciones en la casa, compartíamos habitación. Sin embargo, algunos años después de que inicié la primaria, ella se fue de la casa y empecé a pasar mis tardes sola. Con el tiempo, se convirtió en una costumbre el estar sola en la casa; aunque mi madre le pedía a nuestra vecina del frente que me cuidara o “echarme un ojo”, pasaba gran parte del tiempo sola.

Cada día que pasaba, el silencio de mi casa parecía crecer más; y a su vez, en mi interior podía sentir cómo la soledad crecía más y más, mientras me consumía lentamente. Con el presupuesto limitado que tenían mis padres, solo podía acceder a los libros del colegio y los leídos por mi hermano. Sin embargo, fueron más que suficiente para iluminar mi vida en esos momentos de soledad absoluta.

Durante este periodo de tiempo, llegué a leer bastantes historias. Incluso me introduje en el mundo de los comics y los mangas, y así como la lectura ocupó un gran espacio en mi vida por mucho tiempo. Solía leer en el colegio en las clases que no me gustaban; como era el caso de la clase de ajedrez que, de hecho, me metió en problemas con el profesor en varias ocasiones. Pero para ser sincera, no le daba mucha importancia a eso, ya que realmente me gustaba esa clase. Leer en los buses también se convirtió en un hábito, así que al salir del colegio y subirme al bus que me llevaría a mi casa, lo primero que hacía era colocarme mis audífonos y sumergirme en los libros; siempre alternando los comics y manga que veía. No estoy segura si como consecuencia de leer en los buses, tuve que empezar a utilizar gafas; aunque suena algo probable.

Lograba buenas notas en el colegio y no me iba nada mal, o al menos fue hasta tercer grado, cuando algunos de mis compañeros se empezaron a burlar de mi por el simple hecho de gustarme la lectura. Tal vez ellos no lo veían como algo inadecuado, pero con el tiempo sus burlas comenzaron a afectarme y cada vez se hacía más difícil el poder leer. De alguna forma comencé a sentirme estúpida por leer, y poco a poco empecé a dejar la lectura. Antes solía leer a plenitud en cualquier momento libre que tuviera; pero poco a poco, se me dificultaba hacerlo y era complejo concentrarme, o si quiera entender lo que me querían decir los libros. Debía repasar una y otra vez los párrafos hasta finalmente entender o concentrarme; muchas veces me frustraba

leyendo y me era más fácil dejar el libro que, si quiera, volver a intentarlo. Así, con el paso del tiempo, dejé la lectura y solo leía los libros que nos indicaban en la clase de español, aunque muchas veces ni siquiera los terminaba.

La soledad y el silencio que había logrado abandonar gracias a la lectura, volvían a abalanzarse sobre mí y esta vez me agarraban con mucha más fuerza que antes. Como una gran ola de la cual no puedes escapar, que cada vez que intentas salir te vuelve a arrastrar de vuelta a su interior, golpeándote cada vez con más fuerza y sin importar cuanto batalles. Es una sensación de lucha incansable sin poder salir; hasta que finalmente te quedas sin fuerzas, te rindes y te dejas llevar por la corriente.

Batallé por mucho tiempo por salir de ese lugar; deseando poder volver a sentirme como antes; pidiendo ayuda a gritos, los cuales nadie era capaz de escuchar. Con el tiempo, simplemente me volvía a rendir dejándome arrastrar hasta el fondo, en un lugar del cual no podría salir; sin importar cuanto luchara, me quedaría allí estancada sin ayuda de nadie.

En el mundo del arte, específicamente en el de los bailarines, se suele decir que la primera muerte de un bailarín es el día que se retira o abandona la danza, y eso hace que sea una muerte más dolorosa. Con el tiempo, esa premisa se ha adaptado a las diferentes profesiones o situaciones de la vida diaria. En mi caso, puedo decir que dejar de leer y renunciar a una de las cosas que más me gustaba, fue mi primera muerte; con seguridad puedo decir que era doloroso. Los años pasaron y durante ese tiempo, hubo pequeños momentos en los que pensé que podría salir de aquel abismo en que me encontraba. Sentía como si una amable mano se extendiera para ayudarme a salir, pero rápidamente me hundía y perdía las esperanzas de ser rescatada para poder abandonar definitivamente aquella soledad.

Pero ¿por qué esperaba a que alguien me rescatara? Es cierto que podría salir de aquel lugar con ayuda de alguien más, pero también tenía que poner de mi parte ¿Por qué no lo hacía?

Un día, cuando tenía alrededor de 14 o 15 años, llegué a mi casa decidida a leer un libro. No era nada fácil retomar un hobby del pasado, así que escogí algo fácil para iniciar. Fue así como me

decidí por un libro que nos habían recomendado en el colegio; el título era “Maleducada”, y su autor: Antonio Ortiz. Ese libro narraba la historia de una niña que pertenecía a una familia con mucho dinero, pero sus padres pasaban gran parte trabajando y haciendo otras cosas, ignorando totalmente su presencia; lo que generaba en ella varios actos de rebeldía que generaban la aceptación de muy malas influencias.

Lentamente me fui sumergiendo en aquella historia; ciertamente Maleducada la protagonista y yo no teníamos muchas cosas en común, pero podía entender su forma de pensar y su forma de sentir. De alguna manera me sentía igual a ella. En algún punto de la historia, narraba cómo ella vuelve a tener cercanía con antiguas amistades, a pesar de que eran personas que habían hecho algo realmente malo. Ya terminado el libro, ella entra en un estado de coma del que, al parecer, nunca podrá despertarse; y sus “amigos” desean que no lo haga, porque las autoridades no se pueden enterar de sus malas acciones. Sus padres desconocen por completo lo que ha sucedido, y se resignan a pensar que su hija deba descansar eternamente; aceptan la decisión de desconectarla de los aparatos médicos, y Maleducada muere.

Hubo algo en las últimas páginas del libro que hicieron brotar lágrimas de mis ojos. Si bien la historia narraba cómo una chica había “arruinado” de cierta manera su vida, también dejaba un mensaje acerca de la importancia de levantarse para afrontar las adversidades que la vida nos arroja. Y así, con la inspiración de Maleducada y el gran poder que sus palabras lograron ejercer en mí, recuperé mi optimismo para retomar lentamente mi amor por los libros y la lectura. Aunque debo decir que no todo el crédito es para ella; también debería compartirlo con Mario Mendoza, cuyos libros y escritura fabulosa han logrado impulsarme a de la misma forma y con la misma pasión que solía hacerlo antes.



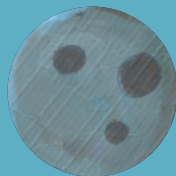




Ilustración: Saray Viviana Sánchez



Como la primera vez

Isabella Gutiérrez Guzmán

Cuando somos niños, tarde o temprano nos enfrentamos a la difícil tarea de tener que leer un libro; ya sea por indicación de nuestros padres, o por obligación de los maestros del colegio. Pero, sí o sí tenemos que leer algo. Al principio creemos que es algo tedioso o agotador y nos preguntamos:

—¿Por qué leer?

—¿Para qué perder el tiempo en esto si podemos estar jugando?

Y empiezan los problemas y las discusiones por obligar a los niños a leer. Los padres intentan desesperadamente que sus niños lean algo que probablemente, como ocurre en la mayoría de los casos, no les gusta. Lo que no saben los adultos, ni los niños, es que un libro está hecho para cada persona; la única manera de que alguno de nosotros viva la maravillosa experiencia de leer, es cuando se logra una conexión con la lectura. Algo que nos atrape y nos motive a seguir leyendo; tal y como me pasó a mí con el libro “El Principito”.

Recuerdo que para ese entonces, iba a cumplir apenas 6 años y me obligaron a leer dicho libro. Al inicio me dio flojera y dije: —¡Otra vez otro libro aburrido!

Pero realmente deben entenderme, a esa edad mis metas del día eran salir al parque a jugar con otros niños, y no la de estar en mi casa encerrada para leer un libro. Pero bueno, por cosas del destino, terminé quedándome en casa debido a que me enfermé y mis padres no me permitían salir hasta que me mejorara; por ende, no tuve más opción que leer el libro.

Aquella mañana fue bastante agradable, el día era fresco y la mayoría de los niños jugaban afuera; entre ellos mi hermanita “la traidora”, que me dejó en casa leyendo aquel libro. Empecé



a leer con cierta molestia, ya que las circunstancias no me permitían asumir esta situación de la mejor forma; pero no se imaginan la emoción que empecé a sentir minutos más tarde. En la medida que leía, no podía creer que un libro podría volverse tan interesante con tan solo unas cuantas páginas, y que, en lo personal, me empezara a agradar. Sentía que quería conocer más, aquel sentimiento de querer viajar allí y acompañar al Principito en sus aventuras, iba incrementando como una pequeña llama que poco a poco se vuelve enorme y difícil de controlar. De cierta manera me sentía identificada con el protagonista; en especial, cuando no comprendía por qué los adultos pensaban de cierta manera. Me gustaba que cuestionara aquellas cosas que muchos pasaban por alto.

Solo un día bastó para terminar aquel maravilloso libro y enamorarme de la lectura, abriéndome paso para descubrir otros libros, o dar la oportunidad a los que los maestros me ofrecían para leer cada año. Para ese momento me fascinaba la ciencia ficción; posterior a ello me aventuré a leer un libro muy hermoso, pero triste a la vez; se trataba de “El globito azul”. Cuando lo leí, recuerdo haber llorado incontrolablemente por el final; pues en ese instante, me sentía perdida, intentando encontrar mi lugar en el mundo. Sentía la necesidad de poder pertenecer a algún grupo de personas sin tener la sensación de parecer excluida; y en eso, aquel “globito” y yo, nos parecíamos bastante. Nadie se imaginaría que el libro terminaría con la muerte del protagonista, y me preguntaba: ¿qué clase de libro para niños debía tener una final así? A lo mejor El Principito sí; aunque debido a que cuando lo leí, era muy pequeña, no comprendí bien el final. De hecho, pensaba que la serpiente lo había mordido y él había regresado a casa con su rosa. Pero bueno, es una de las decepciones que me da la lectura y sin importar esto, nunca me rendí; seguí leyendo libros a pesar de que algunos me dejaban muy mal anímicamente, debido a esos finales inesperados.

Recuerdo que cuando ingresé a la secundaria, me sentía insegura debido a que, en la primaria, me hicieron Bullying por ser un “ratón de biblioteca”. Como si fuera poco, era más gorda que las demás chicas de mi clase; por ende, se burlaban constantemente de mi cuerpo y de mi amor por los libros. Esta situación hizo que me sintiera realmente fatal, pues para mí, los libros eran algo increíble y no podía creer que algunas personas pudiesen ser tan crueles con otras, por el simple hecho de tener pasatiempos diferentes. Recuerdo que ir a aquella escuela año tras año,

me causaba gran malestar; por eso, agradecí infinitamente cuando mis padres decidieron cambiarme de colegio para tener un nuevo comienzo. Para fortuna mía, fue lo mejor que pudo pasar.

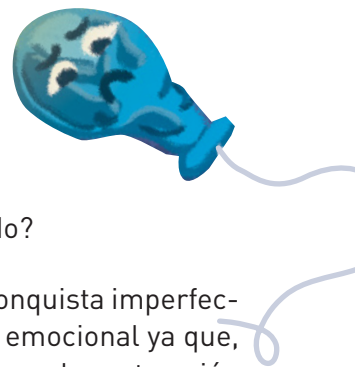
Para esos años de secundaria, evitaba hablar en un comienzo sobre mis pasatiempos, debido al temor que sentía de ser rechazada o repudiada por mis compañeros. Afortunadamente encontré muy buenos amigos que, al enterarse de mis temores del pasado, me recomendaron un libro de superación personal que de seguro me ayudaría a tener más confianza en mí misma y a sanar mis heridas. Y efectivamente así sucedió. “Ojalá te enamores”, fue el libro que me ayudó a recuperar, para volver a ser yo misma y a sentirme más segura; tal fue el grado de ayuda, que cambié radicalmente la forma de ver y asumir las cosas, ahora no me afectaban los comentarios hirientes y podía mostrar una sonrisa a la vida. Ese oportuno libro logró salvarme y devolverme a la vida de una manera impresionante; pues cada página y cada palabra me ayudaban a reemplazar ese muro de desconfianza por una evolución muy positiva en mis pensamientos. Tanto que me formulaba las siguientes preguntas:

- ¿Quién dice que un libro no puede salvar a una persona?
- ¿Quién dice que las palabras solo hieren a las personas?
- ¿Por qué no usar mejor las palabras, para ayudar a sanar a alguien?
- ¿Por qué un libro no puede ayudarte a sanar, a cerrar las heridas del pasado?

Posteriormente leí un libro que me hizo creer en el amor, su título era: “Una conquista imperfecta”. La razón por la que leí este libro fue porque me encontraba en una crisis emocional ya que, a mi edad, nunca me había gustado nadie. La única persona que me generaba una leve atracción resultó ser gay.

—¡Por dios!,— me dije.

Ya tenía dieciséis años y no había vuelto a mostrar señales de que mi corazón se acelerara o me pusiese nerviosa frente a la presencia de alguien. En esos momentos me sentí un tanto decaída;



de una parte, porque mi primer amor resultó ser gay, y de otra, porque nadie podía hacerme sentir diferente. Pensaba que mi personalidad, algo infantil, era la causante. O el simple hecho de que fuera un año más joven que el resto de mis compañeros de clase, lo que provocaba que me viesen de una manera desigual. Caí en un profundo abismo, en el que no sabía si debía cambiar en algo en mí para volver a tener la sensación de querer a alguien de esa manera, o viceversa.

Pero después de leer aquel libro, me di cuenta de que realmente no debía cambiar para agradar a alguien; porque si la persona indicada está dispuesta a cultivar un sentimiento, será capaz de aceptarme con mis imperfecciones; incluso con mi actitud infantil. Si Axen Danet logró enamorarse de Alana Disney, con esa actitud de niña pequeña y fanática de Disney, me dije:

—¿Por qué alguien no podría amarme con aquello que me hace única?

Después de todo, ese libro no solo me dejó una gran enseñanza; sino que me brindó la emoción de sentirme enamorada “Como la primera vez”.

A lo largo de los años, me he topado con varios libros de escritoras muy talentosas que escriben por pasatiempo, pero que me transmiten diferentes sensaciones; tal y como las sentí leyendo mis primeros libros. En este punto, debo admitir que me gustaría tener respuesta al porqué, en algunas ocasiones, las historias no tienen final feliz.

—¿Cuál es la razón? —, insisto.

Si por lo menos el 80 % de los libros que he leído no terminan bien y me dejan más dudas que certezas. Y entonces me pregunto:

—¿Qué hubiera pasado sí?

—¿Dónde queda lo divertido de leer?

Pues bien, he llegado a la conclusión de que los finales inesperados son los que más nos marcan y nos hacen recordar un libro.

—¿Ustedes creen que soy masoquista?

Probablemente sí, pero hay algo que quiero recalcar: no siempre es el final del libro el que define la experiencia que se obtiene. Se trata de las diversas emociones que este puede generarnos al leer cada una de sus páginas; esos párrafos, imágenes y momentos que nos emocionan, que nos hacen reír, llorar, y hasta enojar. Esos momentos que te la pasas leyendo una y otra vez, alguna escena que te gusta demasiado. Aquellos momentos en los que quisieras vivir, sentir y expresar lo mismo que el protagonista, o el simple hecho de querer pertenecer a mundos irreales. Aquellas sensaciones que nos produce el simple hecho de leer algo; esos estados emocionales con los que uno siente que está leyendo “Como la primera vez”.

La lectura es magia y se vuelve tan maravillosa e increíble, que muchas veces nos gustaría compartirla con los demás. En fin, creo que mi experiencia con los libros ha tenido sus altos y bajos; pero realmente no me arrepiento de cada sensación que me produce leer un libro, porque por más que los vuelva a leer una y otra vez, siempre me genera esa sensación de estar leyéndolo por primera vez. Es algo que me gusta y me genera satisfacción y seguridad.

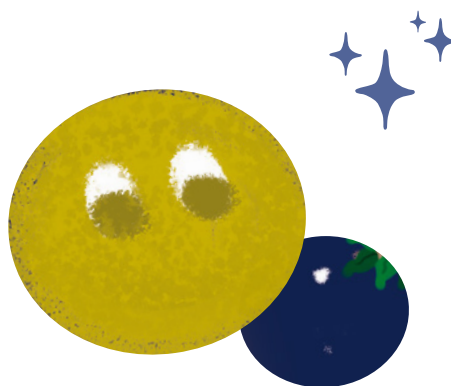




Ilustración: Catalina Aponte Romero



La Oportunidad

Gabriela Suárez Aranzales

—¡La Oportunidad! ¿Esa que me fue otorgada en el momento que recibí el libro?

—Sí, ese libro—, lo reafirmo.

Aquel que me ha perseguido a través del tiempo; sin planearlo, sin siquiera pensarlo. Diego me había entregado lo que se convertiría en uno de los objetos más preciados para mí; tanto por su contenido, como por quien me lo otorgó. “Una escalera al cielo” de Mario Mendoza, se habría convertido en mi refugio, en ese hoyo sin fondo que logra absorberme, sin importar cuántas veces lo haya leído, o lo vuelva a leer. Siempre logro descubrir nuevos detalles, identificar diferentes reflexiones, y empatizar con diferentes personajes. Este libro me dio la oportunidad de encontrar el famoso gusto a la lectura, ese del que tanto hablan y jamás había logrado entender. A menos, claro está, que se tratara de Fanfics, escritos en Wattpad por preadolescentes con mis artistas favoritos; pero eso ya es otra historia.

—¡Primero lo primero! — Pero les digo que para ello necesitamos ir seis años atrás.

Como todas las mañanas, con Diego a mi lado, me encontraba en la ruta escolar que se dirigía al colegio. Mi primer contacto con el libro fue gracias a la poca batería del celular, la que solíamos agotar cuando no dormíamos en las frías mañanas rumbo al estudio, y decidíamos ver capítulos de la serie de moda: Black Mirror, en mi Smartphone.

Perturbador, a decir verdad; pero Diego podía ser capaz de persuadir muy bien a quien quisiera, si así lo deseaba. Claramente era su elección de que nos encontráramos muy a las siete de la mañana con problemas futuristas, sátiras grotescas a la sociedad y situaciones en las que yo anhelaba que fueran lo más alejado de la realidad.

—¡Quién sabe!, a lo mejor algún día necesitaremos salir de una situación así, y gracias a esta serie sabremos como hacerlo— me decía. Aunque aun no sé si en verdad lo pensaba, o simplemente deseaba incomodar mi mente por el resto del día para su diversión.

Nos encontrábamos en el sector de La Conejera, vía Suba-Cota; a Diego no le gustaba que yo durmiera, pues mi cabeza siempre caía sobre su hombro y, según él, le pesaba e incomodaba. Sin embargo, tiempo después me confesó que tenerme tan cerca lo ponía nervioso; pero de momento, su forma brusca de moverse hacía imposible que yo pudiera conciliar el sueño. Ese día en particular, Diego llevaba un libro a la mano. Tras no poder ver más el capítulo de la serie, y ante el trancón habitual, abrió su libro. Solo me dijo que era el de plan lector del periodo, del cual tenía un quiz programado para la tercera hora de clase.

—¡Lea conmigo, inténtelo un poco!— mencionó, en tono burlesco.

Conociéndolo, yo era consciente que sus intenciones no eran más que molestarme; pero no caí en su trampa. Así que agarré el libro y lo volteé, buscando encontrar una pista de su contenido en el relato de la parte trasera; pero terminé más confundida.

—¿Sobre qué trata? —, le pregunté sin entender.

—Es una colección de historias sobre experiencias de gente en Bogotá —, me dijo mientras cogía el libro y buscaba el inicio de la primera historia.

—La verdad son un poco crudas. Pero, de pronto hasta puedan gustarte—, me dijo en tono retador.

Yo me solté la risa y volteé los ojos. Luego intenté cambiar de rumbo la conversación, pero me di cuenta de que me estaba mirando fijamente de una manera poco habitual.

—En serio, quiero que lo leas a ver si te gusta—, me dijo en tono de mando.

Sin dudarlo, tomé el libro y empecé a leerlo mentalmente. La primera historia comienza una tarde de enero de 1998..., y continuó hasta finalizar. Después de algunos minutos, quedé muy sorprendida por como culminó.



—¡Espera! ¿Y ya? ¿No es más? ¿Cómo puede terminar así?!— le dije indignada, al tiempo que le devolvía el libro.

—Te lo dije, es crudo. Son historias reales— me respondió, como siempre, con ese tono indiferente; como si leer una historia donde le cortan las manos a un joven, fuera cualquier cosa.

—La vida no es color de rosa, niñita—, fue lo único que se atrevió a decirme.

En la tarde, al regresar, Diego olvidó su libro y no pude parar de leerlo hasta terminar. Por primera vez me encontraba leyendo, podría decirse, hasta de forma obsesiva, página tras página, sin parar. Desde entonces, el libro es mío. A Diego le gustó que yo disfrutara esa lectura, solía llegar en las mañanas a comentarle al respecto; y él, como pocas veces, no trató de molestarme o reírse de mí. Solo me escuchaba. Debo decir que muchas de nuestras conversaciones más profundas del año 2017 fueron en torno al contenido de ese libro.

Diego y yo teníamos diferentes formas de pensar sobre absolutamente todo. Yo era agua y él tierra. Yo era blanco, él negro. Yo era “sí”, él era “no”. Recuerdo que compartía con él hasta mi más ingenua y positiva concepción sobre la vida. También evoco su insistente negativa a casi todo lo que yo pensara.

—Eres muy inocente y lamento decirte que la vida se encargará de arrebatarle cada pizca de esa inocencia—, me decía en tono de burla.

—No lo sé, la vida no me parece tan mala como dices. Me gusta creer que es bonita —, le expresé.

—Te decepcionarás—, me replicó con certeza.

—Prefiero creer en algo. Tener esperanza nos mantiene, de una u otra forma vivos; no solo existiendo sino sobreviviendo— le dije. Justo después de decirlo, Farid, un chico de mi salón que viajaba en el asiento de en frente en la ruta, se volteó y me dijo:

—¡Wow Gaby!, siempre eres como tan rosa, tan linda.

—En cambio, Diego es como tan... darks—, añadió Farid a la conversación, con su tono chillón y medio gritando, a lo que solté una carcajada.

—Farid, ¿usted por qué es tan sapo? —, le dijo Diego, no le caía nada bien Farid. Farid lo mira rayado y continúa escuchando música mirando al frente.

—Y tú, ¿en qué crees? pues tu percepción de la vida siempre me deja curiosa— le pregunté a Diego.

—En las hadas— se queda en silencio un momento —gracias a que tengo una en frente —, me respondió. Ambos nos reímos. A decir verdad, no me gustaba cuando molestaban a alguien más para hacer chistes, pero admito que Diego siempre logró hacerme reír hasta con su humor pesado, un poco negro.

—Pero, en serio. Es imposible que no creas en algo— le insistí.

—Crear me haría esperar siempre algo. No me gusta decepcionarme, y si no creo en nada, si no sueño con nada, no habrá razones para hacerlo— Me dijo encogiendo un poco los hombros. Duda en poco en continuar, pero lo hace sonriendo:

—Y, si te soy sincero; pienso que, si mañana me atropellara un carro y muriera no sentiría remordimiento. No hay nada que me falte por hacer, no tendré sueños que me faltaron cumplir. Estoy listo, en todo momento, para ya no estar acá—

Usualmente, Diego suele ser irónico y nada de lo que dice me lo tomo en serio. Sus frases siempre terminan con algún chiste, o una frase sarcástica. Pero, esta vez fue diferente y por eso le dije:

—Eso no será para siempre, estoy segura. Me niego a pensar que jamás llegará una razón que no te mueva el piso, o que no te haga desear estar aquí, ahora, creyendo. La vida te hará tragar tus palabras, porque sea Dios, sea el universo, sea la astrología, sean los ángeles, o sea lo que sea; creerás e en algo— Sentí tensión, pero continué:

—Por ahora, espero tenerte aquí lo que resta del colegio. Si no, me tocará a mí asumir el puesto de “joder” a Farid, y mis chistes no serán tan buenos. Porfa, mira dos veces antes de cruzar la calle— logro hacerlo reír y eso me hace sonreír también.

Pasaron los días, los meses y los años; terminamos el colegio y perdí contacto con Diego en el 2019. La última vez que traté de retomararlo, fue en su cumpleaños del 2021, que no pasó de más de dos mensajes por su parte. Entre más pasa el tiempo, más presente lo tengo. Cuando paso adversidades, o las circunstancias cotidianas, suelo recordar su forma de expresarse, de pensar; y me cuestiono sobre lo que él haría, pensaría, o me aconsejaría. Seguramente, el Diego que conocí, mi Diego, ya no exista; pero en mi realidad sí.

Hoy en día, una de las pocas conexiones que me quedan con él, es el libro; mi libro favorito.

Cada historia me lo recuerda. No más en la primera página yace su nombre escrito con un marcador negro con su letra, la cual podría reconocer donde fuera; pues después recibí una gran cantidad de noticas, mensajes y cartas de su puño y letra, las que atesoro en una caja en la esquina superior de mi armario.

Leer “Una escalera al cielo” de Mario Mendoza no solo me recuerda a Diego, mi mejor amigo, al cual conocí en la ruta del colegio; sino que, gracias a nuestras cortas conversaciones en torno a la lectura, nos cambió la vida. Releer ese libro siempre me llena de esperanza; esa que necesito para entender que no importa la situación tan baja en la que me encuentre, pues el toque especial de creer y la fuerza de la fe puesta en algo, siempre logrará abrirme el camino y mostrarme que la vida, en efecto, puede ser un poco color de rosa. El libro específicamente me transporta a “la oportunidad” de conocer todo lo opuesto a mí; a enfrentarlo y no repelerlo. Por el contrario, agarrarlo y aferrarme a ello; transformarlo, creyendo. Me transporta a tenerlo en frente, viéndome a los ojos, tan intensamente como de costumbre.

—Tenías razón. Yo me estrellé con la vida, y, a cambio, me dio algo en qué creer. En ti, en mí... en nosotros—



Ilustración: Catalina Aponte Romero





Mi primera vez leyendo

Diana Paola Quintero Martínez

Este es tal vez uno de los primeros recuerdos que tengo del inicio de mi vida: la primera vez que leí. Y lo digo en todo el sentido de la palabra, pues leí seguido y entendí lo que decía el escrito. Era un libro sobre el nacimiento de los patitos, pero no era un libro para niños ya que no tenía dibujos ni caricaturas. Era más bien, un libro informativo de biología para adolescentes con fotografías reales y lenguaje formal.

Mi papá es un intelectual, siempre lo ha sido, por su formación en la ciencia médica ha adquirido esa pasión visceral por el conocimiento, por aprender y por la lectura. Por supuesto quiso transmitirlo a sus hijos: mi hermano y yo. Pero yo, al ser la menor, aprendí un poco más despacio que mi hermano mayor, quien siempre ha sido prodigio; además académico, con grandes logros, becas, y prestigio en la ciudad por sus resultados extraordinarios en las pruebas de estado.

Nos habíamos cambiado a una nueva casa, más pequeña que la anterior. Era una casa a medio terminar, los baños estaban en obra negra y los closets eran de repisas de varas de metal pintado de blanco y sin puertas. Años después me enteré que esa había sido una época económicamente dura para nosotros. A mi me gustaba la nueva casa, y en el nuevo barrio tenía mucha zona verde para que Tobi, nuestro labrador dorado, pudiera correr y jugar. Pero como odiaba tener que estudiar, ¡Dios era lo peor, sobre todo leer!... leer era una tortura para mí, y es que lo hacía muy mal.

Yo tenía 6 años, estaba cursando primero de primaria, en un colegio femenino de monjas, tenía pocas amigas y ningún amigo. Sólo me divertía en mi casa jugando con mi mamá o con mi hermano, eran mis únicos momentos de esparcimiento y de socialización, pues era bastante

solitaria en el colegio. Había algo en mí que no gustaba a mis compañeras, tal vez que yo era muy grande o muy tímida, o que hacía las cosas con mucha minuciosidad, incluso podía ser mi mirada penetrante e intensa.

Me costaba mucho leer y escribir, pero las matemáticas no, era muy fácil sumar y restar, y hacer manualidades, supongo que siempre he tenido alma de artista. Mi letra parecía una secuencia de escarabajos desmayándose por segmentos, era casi ilegible, creo que solo la entendía mi mamá. Hacía muchas planas para mejorarla, eran incontables e interminables... tal vez por eso mi aversión a las palabras y a la lectura. Qué coraje el que sentía por no poder leer de corrido, ojalá solo me hubieran puesto a colorear.

El recuerdo es luminoso, vívido, alegre. Era domingo en la mañana, estábamos al aire libre, en el polideportivo del nuevo barrio donde vivíamos, había mucho pasto, rocas enormes para sentarse, canchas de baloncesto y fútbol y por supuesto árboles. Nos sentamos cerca de un árbol al lado de una roca grande. La condición impuesta por mi padre era muy clara: "Cuando leas, jugamos". Él había llevado una pelota plástica morada, de esas que huelen a fruticas. Yo solo quería jugar, de verdad quería jugar con él, lo disfrutaba mucho. Él siempre estaba trabajando, solo lo veía en las noches y para mí, poder compartir con él todo un día, era como un sueño hecho realidad.

Él es mi héroe, mi más grande amor, siempre hemos tenido un vínculo especial, irrompible, más grande que el cosmos mismo, él es mi mundo entero y aunque me molestaba que me condicionaran y lloré un poco por la presión, me dispuse a leer. Con los ojos aguados y la voz cortada, empecé a intentar leer, las letras se chocaban entre sí en mi lengua, mi cerebro no podía concentrarse entre pronunciar y entender lo que estaba escrito. Yo había visto muchas veces esos libros, los leían con mi hermano, mientras a mi me leían unos ilustrados con muñequitos y casetes con canciones para cada cuento.

Así que al ver que me estaban mostrando los libros de chicos grandes me sentí grande, bajo mucha presión, yo no quería crecer, no quería dejar de ser niña, dejar de ser la consentida, siempre quise vivir con mis papás y mi hermano y mi Tobi y que siguiéramos siendo la familia



unida y feliz que éramos, comiendo la comida rica de mamá y viendo películas con papá. Amaba cuando Tobi me despertaba con lambetazos en la cara, y cuando mi hermano jugaba Nintendo y yo me sentaba a observarlo.

En fin... la lectura, el horror. Este libro era tan aburrido, no tenía dibujos, solo tenía personas reales y fotos de animales de verdad. Solo me gustaba uno de un leopardo, he sentido una fascinación especial por los felinos y su belleza. Pero ni siquiera era ese el libro que me dieron ese día para leer, era el de los patos. Y es que son tan feos cuando nacen, pelados, con los ojos medio cerrados, rosados y con unos indicios de plumas que parecen pelos escasos y mojados.

Pero yo sabía que, si no leía, nunca íbamos a jugar y si no jugábamos mi papá no iba a pasar tiempo conmigo ese día, entonces me dispuse a leer, pero a leer de verdad, rápido, pronunciando bien y claro, sin dejar atrás ni una sola letra o vocal. Yo leí toda la página, entendí cómo nacían los patitos, lo feos y pelados que se veían al principio, cómo se ponían bonitos después, y cómo la mamá pata estaba siempre ahí desde que empollaba sus huevos, hasta que aprendían a andar solos por su cuenta y conseguir su propio alimento.

También recuerdo las imágenes del libro, eran fotos reales, había un patito amarillo esponjado que, ocupada casi toda la página, y más adelante se veía la mamá pata con sus patitos detrás, nadando juntos en un lago marrón brillante, con pasto verde a su alrededor, en medio de un día muy soleado. Era parte de una colección de libros que explicaban el origen de ciertas especies. Muy educativos... y aburridos, al fin y al cabo, eran libros para niños grandes, y yo solo quería colorear libros de princesas.

Cuando terminé la página, mi papá la volteó y seguía la siguiente. Yo me quería ir, me puse brava, lloré, crucé los brazos y dije que no iba a leer más. Por supuesto él me recordó nuestro trato: "Cuando acabes de leer, jugamos". Pasaron unos minutos, tal vez media hora, y él seguía completamente firme con su promesa... o amenaza. Para mí, era una amenaza, o sea si yo no leía todo, ¿no jugábamos? Qué cosa más injusta, yo era pequeña, quería hacer otras cosas, quería mucho jugar con mi papá, casi no lo veía, ¿por qué tenía que condicionarme para pasar tiempo con él?

Al notar la quietud de mis padres, yo decidí dejar de lado mi mal humor y continuar con la lectura, la verdad ya pensaba que no íbamos a jugar nunca. Los niños pensando y viviendo en el presente pueden ser completamente fatalistas, como si no hubiera un mañana, como si las etapas no pasaran, como si yo nunca fuera a aprender a leer e incluso algún día disfrutarlo, como hoy en día lo hago, como si no fuera a tener más oportunidades de jugar con mi papá.

Seguidamente, cuando iba por la mitad de la página, me di cuenta de que la siguiente página tenía una foto que ocupada casi toda la página, era otro pato, casi adulto. El texto era realmente corto. Entendí que así él me pusiera a leer la siguiente página, ya estaba por terminar. Me apresuré, a leer más rápido, mientras mi papá ponía su brazo sobre mis hombros abrazándome y felicitándome, repitiendo que yo si podía, que ya casi iba a terminar, que ya casi íbamos a jugar.

Mi felicidad más grande fue al terminar la última frase del último párrafo de la última página, él cerró el libro y nos paramos a jugar. Recuerdo la luz del sol recorriendo el prado, y sus ojos, más claros que de costumbre, como verdes. Yo lo veía tan grande, tan alto, tan fuerte, tan veloz, él era mi héroe, mi más grande amor, todavía lo es. La pelota era violeta con un dibujo de una manzana sonriendo en el centro, era mi pelota favorita, la pateábamos de un lado a otro, y ella chocó contra un árbol. En realidad, esa era la meta del juego, que la pelota llegara hasta el árbol. El árbol era nuestra portería, nuestra cancha.

Mi mamá estaba sentada mirándonos jugar, sonreía y nos hacía barra, en algún punto de la tarde, se paró a jugar con nosotros. A veces la pelota se salía a la carretera y yo iba a traerla, ellos me gritaban que tuviera cuidado. Yo me sentía muy ágil y muy fuerte, persiguiendo la pelota y pateándola al ritmo de mi papá, aprender a leer había valido la pena, y el día de hoy tener este recuerdo tan hermoso en mi mente, es aún más emocionante. Ese ha podido ser de los días más felices de mi infancia.



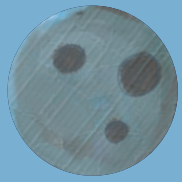




Ilustración: Yhulian Valeria Serna Rey



Cambio de perspectiva

Daniel Alejandro Huertas Osorio

¿De qué manera las personas adquieren el gusto por la lectura? Desde mi punto de vista, esto jamás fue sencillo; y, como en mi caso, constantemente veía que, a muchas personas, sobre todo jóvenes y niños, les inculcaban hábitos de lectura con diferentes tipos de libros. En esa práctica, muchos de esos libros parecen seleccionados al azar, otros resultan ser agobiantes por su complejidad; lo que me parece un esfuerzo inútil, pues no creo que sea la manera más efectiva de hacer llegar la lectura a personas tan jóvenes, que viven contextos únicos y que, por lo tanto, deberían tener acceso a libros con los cuales se puedan conectar. Es decir, libros con historias y personajes con los que, de una u otra manera, se puedan sentir identificados. En mi caso fue lo mismo, me disponían lecturas a las cuales no les hallaba el gusto y por tal razón no me agradaba leer, pero luego me di cuenta de que, con el libro adecuado para mi situación, el disgusto podía cambiar.

En líneas generales, desde que empecé a cursar el bachillerato, nunca fui buen estudiante. Aunque comprendía correctamente sus contenidos, ninguna clase logró robar mi gusto y atención. Sumado a ello, siempre fui indisciplinado y me metía en problemas con los profesores, lo que generaba que mis notas convivenciales fueran muy bajas. Siempre se me trató de inculcar la lectura a la fuerza; desde mis padres, hasta el mismo colegio y sus planes de lectura que nunca llevaba a cabo porque no me gustaban para nada.

Cursé el grado sexto, séptimo y octavo en un mismo colegio con resultados mediocres, tanto en lo académico como en lo convivencial; razón por la cual mis padres decidieron cambiarme de colegio. En 2016, cuando tenía catorce años, llegué a un nuevo colegio para cursar el grado noveno. Al comienzo me sentí muy aislado, pues debido a restricciones de mis propios padres, no podía tener contacto con mis antiguos compañeros. Me sentía muy solo ya que era un contexto nuevo para mí; las jornadas escolares se me hacían muy largas y las clases me seguían pareciendo sumamente

aburridoras. Entre esas clases monótonas, había una excepción en la cual empecé a sentir cierto interés por los temas y por la manera como el profesor la dictaba. Se trataba de la clase de filosofía. En ese entonces, las explicaciones sobre la filosofía griega, la manera de pensar de Sócrates y Platón, y los análisis de la metafísica, entre otras temas, me parecían mucho más interesantes que todas las otras clases juntas; a pesar de que aquella clase solo duraba una hora y media, pero sentía que valía la pena.

Incluso en este colegio, me enviaban planes de lectura para la clase de español, los cuales eran un libro por bimestre. A pesar de que me compraban los libros, yo solo los leía a medias. De los cuatro libros que tuvimos que leer, no recuerdo el nombre ni de los dos primeros, pues a duras penas le eché una hojeada al título o a la introducción. Me parecía que eran libros con temáticas muy infantiles o aburridas, no les hallaba nada de sentido. Para rematar, no eran nada motivantes; menos aún para pensar en leer más seguido. No había gusto por la lectura; lo poco o mucho que leía era por obligación.

Llegado el tercer bimestre del año, empecé a experimentar cambios en mi vida. El sitio donde vivíamos era diferente, mis amigos no eran los mismos de hace un año y me relacionaba con otras personas; incluso había formado un par de vínculos en el colegio. Sin embargo, me seguía sintiendo algo ajeno a ese entorno y no estaba completamente cómodo. Para empeorar las cosas, las dinámicas con mi familia seguían siendo complejas, y las clases me parecían igual de aburridas que al principio; exceptuando, claro está, la de filosofía.

Al poco tiempo, en la clase de español habían asignado un nuevo libro para leer y, como siempre, mis expectativas frente a la lectura eran bajas; nada me promovía a seguir una lectura. Una vez obtuve el libro, seguí la rutina de mirar de reojo aquella edición y lo primero que me llamó la atención de este fue la portada, cuya ilustración era como un pasadizo oscuro y grisáceo con apenas unos toques de luz, dándole un efecto sombrío junto al título “El Túnel” y al nombre del autor “Ernesto Sábato”. Ese detalle visual me llamó la atención al instante, a pesar de que no conocía nada del contexto del libro, ni del autor. Lo siguiente que hice fue leer la sinopsis, la cual me atrapó enseguida ya que evidenció que no se trataba del típico libro con historias infantiles (increíblemente monótonas), o esas historias que me parecían tan sosas y me mataban de aburrimiento.



Al instante descubrí que ese contenido era diferente, interesante e intrigante; en especial, para comprender cómo el personaje principal termina en la cárcel acusado del asesinato de su amante.

Tan pronto como empecé la lectura me atrapó, las características del personaje principal me parecieron muy diferentes a lo que había leído antes, pues eran mucho más cercanas a la realidad. Incluso llegué a sentirme identificado con él de cierta manera; ya que, en mi contexto, a pesar de estar rodeado de diferentes personas, me sentía muy solitario. La historia era un fiel reflejo de lo que yo no quería vivir al llegar a esa edad; su profesión de artista se acercaba a los hobbies que incluso hoy en día todavía tengo, y que siempre me llamaron la atención. La descripción de su psiquis y la manera de ver el mundo me parecían llamativas, dado que el libro también tenía una buena carga filosófica y encajaba muy bien por mi único gusto académico de momento.

Así como todos los bimestres, en la clase de español había actividades que se tenían que realizar con base en las lecturas, y para el tercer bimestre se me facilitó mucho más hacer esos trabajos. Aunque seguían sin ser de mi total interés, desde que empezaba a leerlo, a medida que avanzaba le tomaba un agrado especial a esa actividad; ya que, si no estaba ocupado haciendo tareas en la casa, me dedicaba a leer para entender la historia y terminarla tan pronto como fuera posible. El relato me parecía fascinante: la historia, los personajes, y su manera de pensar. Me tenían tan absorbido en esas páginas que, incluso, me hicieron reflexionar acerca de mi vida; de cómo me relacionaba con los demás y la calidad de la compañía de las personas que me rodeaban. Empecé a sentir la impresión como si el autor hubiera escrito ese libro específicamente para mí; como si conociera las cosas que me gustaban, como si tuviera conocimiento del contexto en el que vivía, o como si hubiera estado en mi cabeza todo el tiempo. Fue extraño, pero agradable a la vez, el hecho de saber que alguien podía tener una forma de pensar tan similar a la mía; ya que con el solo hecho de leer el libro sentía que conocía al escritor. Incluso, tuve la sensación de conocer perfectamente al protagonista, cuando relataba su trayecto hasta una situación que lo hizo reflexionar acerca de su desolador contexto; de una verdad inexorable que lo atormentaba.

Recuerdo que terminé de leer el libro después de aproximadamente un mes. Algo muy extraño en mí, ya que no eran muchos los libros que leía. Pero las sensaciones que me produjeron aquella novela corta fueron abrumantes, pues sentí que me estaba perdiendo de muchas cosas que

podía encontrar en la lectura. También descubrí que la falla al abstenerme a la lectura no estaba tanto en el disgusto que le tenía, sino más bien en las opciones que me daban y, en las que hasta el momento yo no tomaba partido. Solo bastaron unas clases de filosofía y un libro (muy corto), para que el hábito de leer me dejara intrigado y con las ganas de descubrir esos nuevos mundos. Junto con los conocimientos previamente adquiridos, aquel texto hizo cambiar mi manera de pensar y de ver mi propio contexto en el que no estaba cómodo. Poco a poco, empecé a mejorar todo lo que sentía que no me dejaba avanzar, y a fortalecer todo lo que deseaba para mi futuro, a pesar de mi corta edad. Era muy probable que, gracias a esta experiencia, haya adquirido cierto grado de madurez en unas cuantas páginas.

Al finalizar mi año escolar, mis padres y yo estuvimos de acuerdo con probar la continuidad de mis estudios de bachillerato en otro colegio donde pudiera renacer y ser una persona distinta. Un lugar donde tuviera la posibilidad de adquirir esa comodidad que estaba buscando. A partir de ahí todo fue distinto con la lectura, pues quería leer más; incluso empecé a leer una saga juvenil de ciencia ficción llamada “Olvidados”, del autor estadounidense Michel Grant.

Esta saga también me gustó demasiado, ya que, a pesar de que el contexto de los personajes era muy diferente, logré sentirme identificado con varios de ellos. Con sus virtudes y falencias, los sentía más cercanos a la realidad a pesar de estar en un mundo de ciencia ficción. Los primeros tres libros de esta saga fueron un obsequio de mi padre, y aunque esta vez si eran bastante extensos en comparación con “El Túnel”, los terminé rápidamente. Apenas acababa de leer un tomo, ya estaba iniciando el otro debido a la intriga y ansiedad que me generaba saber cómo se seguiría desarrollando la historia. Para el cuarto libro, ni esperé a que me lo regalaran y lo compré apenas tuve la oportunidad. Una vez lo terminé, empecé a buscar el quinto; pero por desgracia no se encontraba en ninguna librería para ese entonces. Pero mi obsesión por leerlo era tal grande, que opté por descargarlo en formato PDF. El sexto y último libro me tomó más tiempo conseguirlo, pero cuando lo compré me dejó satisfecho; no solo con el final, sino también con el recorrido que atravesé para leer toda la historia.

Una vez acabé de leer esta saga, quise empezar a explorar más libros aplicando un filtro de búsqueda que consistía en buscar historias más cercanas a mi contexto. Después me encontré con el trabajo de Mario Mendoza; autor bogotano que retrataba la ciudad capital de forma peculiar. Ese detalle llamó mi atención enseguida, ya que potencializaba ese sentimiento tan especial que tengo por la ciudad que me vio nacer. Después de leer un par de libros de Mendoza, enseguida se convirtió en uno de mis autores favoritos; en especial, por lo identificado que se sentía con el escenario de fondo de sus obras: Bogotá y el misterio que generaban los personajes que hacían parte de esos escenarios. Todas esas historias desgarradoras y tan poco comunes que me llenaban de intriga por saber qué hubiera podido pasar, después del cierre que el autor les daba.

A esta altura de mi vida, no puedo decir que soy un gran lector. Aún hay libros que empiezo y no logro terminar; así mismo, hay otros que los termino de leer sin importar qué esté aplazando alguna que otra responsabilidad. Pero, al menos, en este punto de mi vida, ya no es una actividad que me genere pereza; todo lo contrario, es algo que disfruto si tengo los libros adecuados, con las crónicas de las historias que me gustan, a pesar de que ya no me sienta necesariamente identificado con las tramas o los personajes. Disfruto mucho hacer esa búsqueda de nuevos títulos para leer, e incluso escuchar recomendaciones; pues aquel que lo hace también puede tener una historia parecida con la lectura, un libro que lo marcó y lo motivó para leer, una historia que podría develar sentimientos y sensaciones similares a las que viví en algún punto de mi vida con el que sigue siendo mi libro favorito, “El Túnel”.

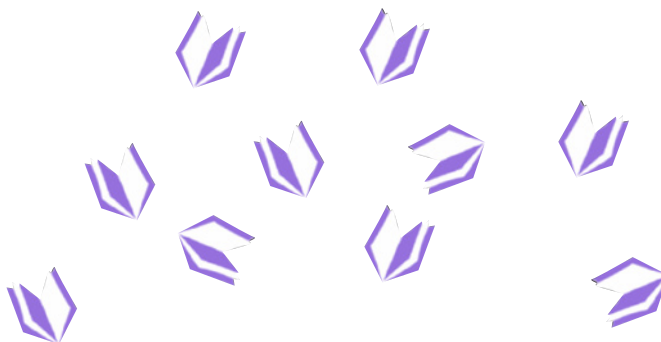




Ilustración: Sara Valentina Segura Becerra



Volver a ser niño

Anónimo



Escanea este código para acceder al cuento en formato video.

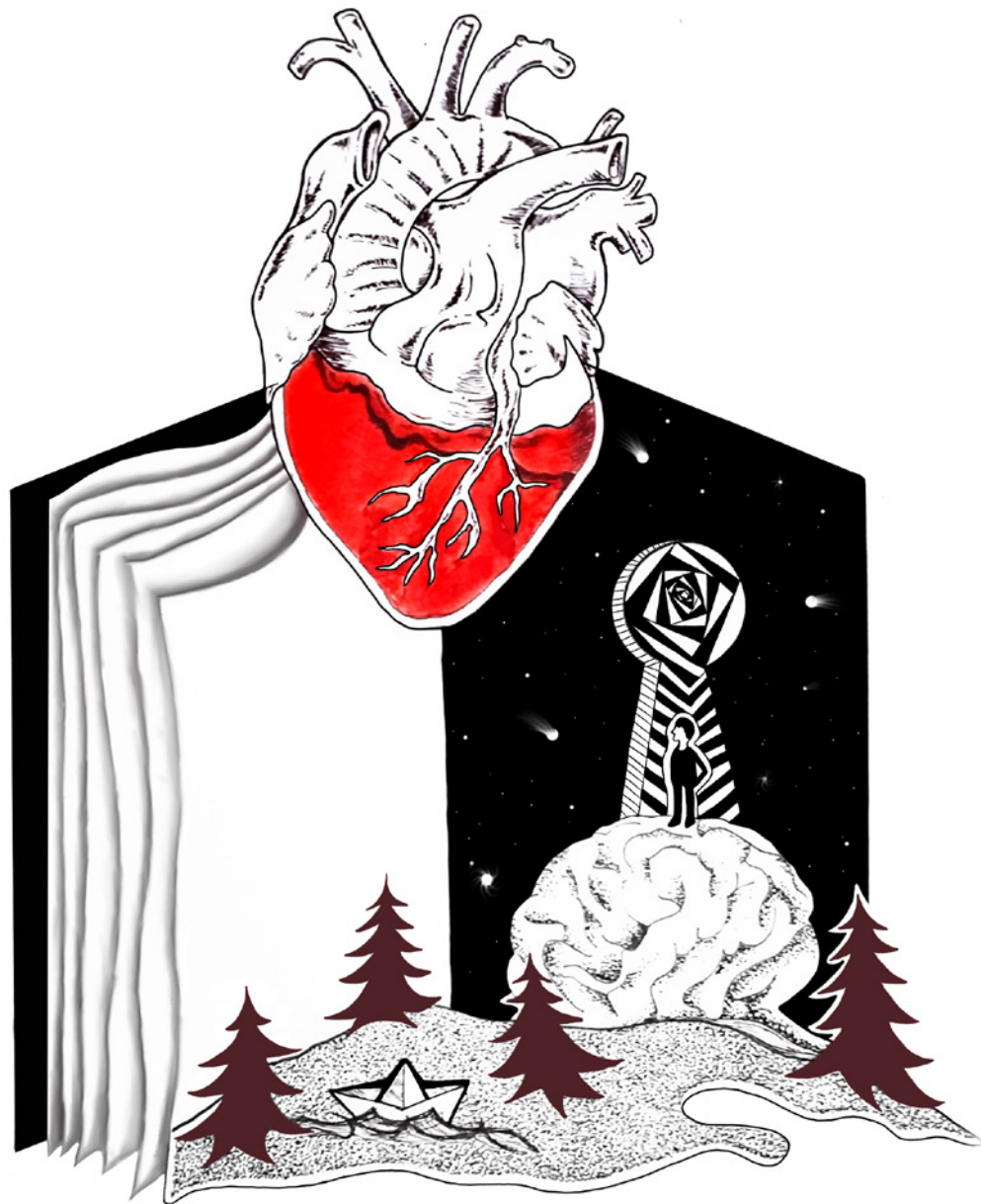
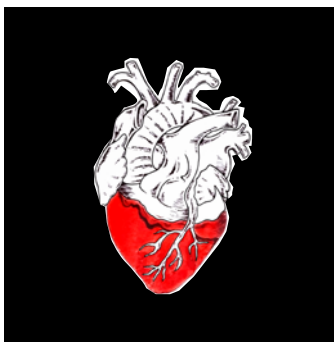


Ilustración: Yhulian Valeria Serna Rey



La frase que me regresó a casa

Jorge Andrés Posada Quintero



Escanea este código para acceder al cuento en formato video.

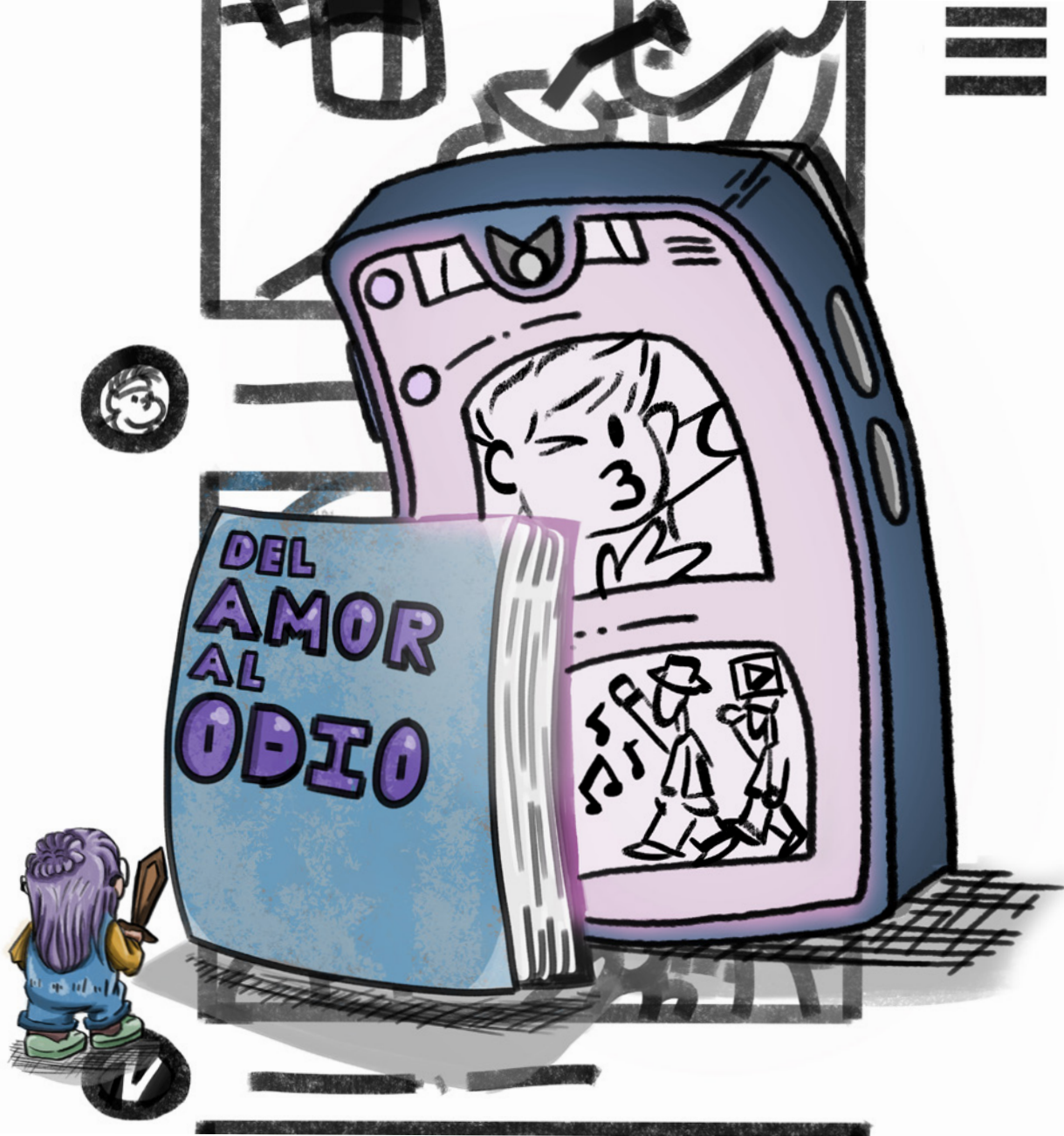


Ilustración: Bayron Andrés Moreno



Del amor al odio

Fabiana Ortiz Vergara

Cubículos pequeños, luces oscuras, muchas sillas y estantes llenos de libros; esos eran los salones del colegio que se utilizaban para el “Club de lectura”; donde cada jueves había que asistir obligatoriamente, para leer un libro por mes, y conversar sobre los sentimientos que generaba la lectura y cómo se lograba tener una conexión con cada libro.

Ana, una niña de catorce años en grado octavo, que no era muy fanática de los libros, ya que su poca concentración no le permitía estar sentada viendo un libro por más de 10 minutos; se sentía fuera de su zona de confort en el club de lectura. Había algo muy especial en ese lugar, y es que ella se sentía en paz y siempre pensaba en el momento donde podría encontrar un libro que le hiciera cambiar esa forma de ver la lectura y lograra apasionarse.

Cada jueves, cuando llegaba la hora de ir a recoger su libro para ir a sentarse al salón del club de lectura, le empezaba a doler la cabeza, sentía un cansancio terrible y unas ganas muy fuertes de dejar el libro a un lado para disponerse a hablar con su mejor amiga que siempre se sentaba con ella. Ya se había convertido en una rutina: sentarse, hacerse señas con la amiga, hacer como si estuviera leyendo, meter el celular dentro del libro y quedarse hablando y viendo redes sociales durante las dos horas que duraba el taller.

Estaba a punto de acabarse el año, y ya solo faltaba el último mes para elegir un libro que le interesara a todo el grupo. Se hizo una votación, todos escribieron en papeles el título de un libro para que fuera lo más justo posible, pero Ana no puso nada por el simple hecho que no conocía libros, ni le interesaba participar en la elección. Uno de los compañeros decidió sacar un papel, y salió el libro “Soy el número 4” de James Frey Jobie Hughes. Para sorpresa de muchos, ese libro había que comprarlo en una librería, ya que en el colegio no se encontraban las copias suficientes para cada uno de los estudiantes.

Después de terminar su clase, lo primero que hizo Ana fue llegar a la casa y coger su celular para ver si encontraba alguna versión audiolibro de esa obra. La primera navegación no fue muy exitosa;

pues en ninguna plataforma se encontraba ese libro completo. Solo halló una versión con una voz muy extraña y nada agradable para escucharlo por horas. Después de dos horas de búsqueda, encontró unos primeros segmentos publicados en YouTube y los empezó a revisar; pero al mismo tiempo estaba navegando en Instagram y otras redes sociales. Luego de escuchar el audio por una hora, Ana se quedó profunda y el audiolibro siguió sonando hasta terminar.

Se levantó asustada, pues el audio ya no sonaba y descubrió que llevaba dormida más de cuatro horas. Claramente no era una buena decisión escuchar el libro; ella lo sabía, pero en el fondo no quería leerlo. Llevaba más de nueve intentos para leer libros, pero nunca lograba terminar ni el primer capítulo. Entonces pensó que el paso a seguir era buscar un resumen, algo que fuera fácil y rápido de leer; pero en ese momento se dio cuenta de que el libro tenía 540 páginas.

Era imposible. Ana nunca había visto un libro tan grande, y esa semana fue algo agobiante: lunes de estrés por no poder ni escucharlo, martes de buscarlo y no encontrarlo; miércoles de ir a comprarlo y cargar con un libro gordo; y finalmente el jueves, el peor día para ella, para dar mil explicaciones sobre lo que había sucedido. Debía argumentar muy bien la razón por la cual no había leído los cinco primeros capítulos sobre los cuales debía debatir ese día. Ana llegó al salón, se sentó sin mirar a nadie y solo trataba de ser invisible en ese momento, pero eso fue imposible. Empezaron a hacer mesa redonda para que cada uno diera su punto de vista acerca del inicio del libro. Infortunadamente, la profesora la miró fijamente a los ojos, sabiendo que no había leído nada y fue a la única que le empezó a hacer preguntas. Ana sentía que siempre que la miraban fijamente era para juzgarla y fue exactamente lo que pasó, así que decidió pararse e irse del salón antes de que algo peor pudiera ocurrir.

Solo había dos maneras de solucionar el problema: rendirse o volver el otro jueves con los 10 capítulos leídos. Ana se levantó el lunes de la siguiente semana con otra actitud, intentando sacarse de la cabeza la idea de que era imposible, y lo podía lograr. Así que tomó el libro y analizó la portada por varios minutos para tratar de entender su contenido y descifrar una forma fácil para leerlo todo. Abrió el libro y decidió empezar por solo cinco hojas. Fue un reto completamente agotador, pero lo logró. El problema que encontró en esta lectura es que tenía otro tipo de narración y para ella fue demasiado confuso.

Su promedio se mantenía. Durante la semana, solo eran tres o cuatro páginas las que lograba leer y no se veía mucho el avance. Era lo mismo de siempre: leer por obligación y sentir que leía y pasaba el tiempo, pero no comprendía nada, ni siquiera cómo iba el orden del libro. Faltaba mucha más concentración, pero ya no se trataba de hacerlo por gusto, si no porque debía cumplir y, finalmente, porque de eso dependía la nota final de todo el año.

El jueves que llegó, se dio cuenta que todos estaban realmente interesados en el libro, pero ella no comprendía nada. Así que escuchó y empezó a entender que estaba viendo el libro de otra manera, y que muchas de las cosas que ella no había entendido, estaban siendo explicadas por sus compañeros de una manera tan fácil, que parecía un libro para niños pequeños. Ana se sintió diferente porque sabía que tenía que adentrarse en la historia para empezar a entender y no perderle el hilo.

Esa noche decidió dedicar todo su tiempo a leer el libro otra vez desde el inicio, calmada y sin ningún distractor alrededor, y se pudo dar cuenta de muchas cosas. Una de ellas fue que realmente, de pronto, era el único y mejor libro que había leído en su existencia. Era inexplicable cómo el libro lograba hacerla sentir dentro de una película de donde no podía salir, solo por el hecho de que cada capítulo tenía algo nunca antes visto; una historia realmente interesante a los ojos de Ana.

Faltaba muy poco para presentar el trabajo final sobre el libro y Ana estaba muy atrasada debido a los problemas que había tenido desde el principio. Aun así, decidió asumir un proceso muy especial para darse su espacio y dejar que el libro, la lectura y ella misma, fluyeran de una manera única. De esta manera, logró crear un refugio para los momentos donde no se sentía en paz; y corría a leer un fragmento para poder salir de la vida real. Fue increíble, y simplemente una de las cosas más bonitas que pudo haber sentido Ana por un libro, porque más que un libro se convirtió en una compañía.

Llegó el momento de entregar la reseña final de todo el libro, y leer la última página antes de empezar a escribir. Ese fue un momento inolvidable para Ana; fue un logro más en su vida, que de pronto nunca pensó alcanzar. A hoy, no ha vuelto a experimentar una conexión tan grande con la lectura de libro como lo fue con ese. Simplemente es algo que nunca borrará de su memoria.



Ilustración: Ana María Olaya





El tesoro encontrado en Pandemia

Valentina Espitia Riaño

“Te amo, pero soy feliz sin ti”. En medio del encierro por la pandemia en el año 2020, me encontraba sola en mi habitación. Con angustia y miedo, recordé aquel libro que me regaló mi mamá: un libro con una gran portada, su fondo color celeste y un árbol con sus hojas moradas, reflejando la sensación de libertad y tranquilidad. Comencé el primer capítulo del libro y conecté inmediatamente con el primer párrafo, el cual dejaba una enseñanza del día a día para llevar estos momentos de encierro y soledad. Fue una experiencia increíble descubrir que podía entrar en un mundo completamente nuevo y desconocido, simplemente abriendo un libro.

Al principio, especialmente leía libros ilustrados y cómics, pero poco a poco empecé a adentrarme en historias más complejas. Nunca pensé que podría conectar con la lectura y sentirme tan identificada con un libro. Cuando me adentré a este libro, sinceramente me perdí por completo en la trama. De repente, me di cuenta de que había estado leyendo durante horas y no había sentido el tiempo pasar. Fue en ese momento cuando supe que la lectura sería una parte importante de mi vida.

Lo más importante y significativo para mí fue que, a pesar de que estaba pasando por momentos de angustia, el tiempo se me pasaba leyendo y me distraía cada vez que pasaba a un nuevo capítulo de este libro. Me di cuenta de que la lectura no solo podía ser informativa, sino también entretenida. Descubrí que los libros podían llevarme a lugares a los que nunca había ido antes, presentarme personajes que nunca había conocido y enseñarme cosas nuevas. Cada página era una nueva aventura, una nueva emoción, una nueva lección. Me sentí atrapada por completo, como si no pudiera dejar de leer, y mientras me sumergía en esta historia, sonreía sin querer, se desaparecían mis momentos grises, volví a sentir una luz interior; una motivación para seguir con mis proyectos y lo que tenía pensado en mi vida.

Cuando finalmente cerraba el libro porque era hora de descansar y tenía que madrugar al día siguiente para cumplir mis obligaciones, sentí una sensación de satisfacción y felicidad que nunca había experimentado antes. Esta conexión con la lectura seguía siendo muy fuerte. Había sido transportada a un mundo mágico, muy emocionante y emocional. Volví a sentir alegría

y tranquilidad en mi alma. Desde aquel día, la lectura se convirtió en una parte integral de mi vida; pues cada vez que abría un libro, me encontraba emocionada por las posibilidades que podía encontrar. Me encantaba descubrir nuevos mundos, conocer nuevos personajes; imaginar y aprender nuevas cosas.

Después de descubrir que me gustaba tanto la lectura y que podía llegar a encontrar mi felicidad gracias a un libro, quería leer de todo, absolutamente de todo. Quería sentir distintas emociones: llorar, sentirme emocionada, saltar de la alegría, ponerme triste porque a 'El príncipe Raúl' lo traicionaban; o porque se le murió la mascota a "Jake". En fin, me sentía partícipe en todas las historias que leía.

Con el tiempo, aprecié la lectura no solo por su capacidad para entretener; sino también por su poder para educar y transformar, además de generar emociones e incluso inspiraciones para el día a día. A medida que pasaba el tiempo, comencé a leer libros más complejos y desafiantes, y descubrí que a través de la lectura podía explorar ideas y temas que nunca había considerado antes. La lectura también me enseñó a ser más empática y compasiva. A través de los personajes que conocía en los libros, aprendí a entender mejor las experiencias de las demás personas y las diferentes perspectivas que pueden tener sobre el mundo. Yo pensaba que solo existía una realidad y que las personas veían las cosas como yo las estaba viendo. Pero no, quedé sorprendida al conocer, gracias a los libros, los puntos de vista de diferentes autores frente a la vida, la muerte; al sentido de las cosas y muchos más temas que me dejaban pensando y soñando.

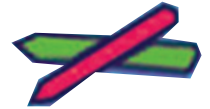
Le tengo bastante aprecio a la lectura desde que conecté con ella, incluso cuando la vida se volvía caótica y estresante, siempre podía encontrar refugio en un buen libro. La lectura se convirtió en mi forma de escapar del mundo, de encontrar paz y tranquilidad en medio del caos. Por decirlo de una manera más emotiva, era mi mejor forma de desahogo. Y así, me convertí en 'Sofía la lectora', como decían mis amigos cuando me veían con un libro debajo de los brazos. Cada vez que llegaba con un libro diferente y lo terminaba de leer, era un nuevo descubrimiento revelado en cada página; un tesoro que nadie había encontrado antes, que llenaba mi corazón de sentimientos, y me hacía vivir emociones inimaginables.

Leer era como volar sin alas, como viajar sin moverme del lugar; era la clave que abría todas las puertas, que me permitía soñar, imaginar y crear. La lectura se convirtió en mi refugio, mi

santuario cuando el mundo era cruel; ha sido esa amiga que nunca falla y siempre ha estado allí para cuando lo necesito. Así no me escuchara, ella me podía hablar por medio de sus historias, y, gracias a los libros, me sentía la mujer más acompañada y entendida del mundo. Desde ese justo momento donde yo pude conectar con la lectura, he podido leer bastantes libros de más, pero jamás se me olvidará ese momento donde conecté con el primer libro, porque fue ese amigo que por primera vez me decía: “Léeme que en mí encontrarás el mejor desahogo y los mejores consejos que puedas tener”.

Ahora, cada vez que me sienta desanimada, o esté pasando por tristezas, tendré muy presente que, en cierta parte, el aislamiento de la pandemia me ayudó mucho. Y sí, sé que a otros quizá les empeoró sus vidas, pero en mi caso, fue el momento donde por fin le dediqué el tiempo a un libro y me sentí atraída. Al estar en cuarentena, encerrada en mi hogar, sin salida, sentía cómo mi espíritu se debilitaba, pero encontré una puerta abierta, y la lectura me llevó a un mundo nuevo que ansiaba. La lectura era una ventana a la esperanza, un rayo de luz en medio de la oscuridad, que me transportó a lugares lejanos, y me hacía soñar con la libertad.

Cada palabra era un mensaje de ilusión, cada página un refugio seguro, y cada capítulo un nuevo comienzo, que me hizo sentir más fuerte y segura. Gracias a ello, he aprendido a ser valiente, a no darme por vencida ante la adversidad, y a buscar la belleza en las pequeñas cosas; en vez de enfocarme en la adversidad o en pensar que todo es negativo. También encontré amigos leales y personajes sabios, que me inspiraron y alentaron a seguir adelante en medio del des concierto. Desde aquel día, la lectura es mi aliada, mi compañera y mi consejera fiel, que me lleva a mundos nuevos y asombrosos.



La pandemia puede haber sido un desafío, pero gracias a la lectura encontré la luz en la oscuridad, la fuerza en la debilidad, y la esperanza en la adversidad. Dejé de mirar los problemas, o más bien, dejé de mirar que todo era malo y empecé a indagar, a buscar libros interesantes para recomendarle a mis amigos historias, destacando con orgullo el hecho de haber encontrado mi mejor forma de desahogo. Definitivamente, me sentía aliviada y feliz. Esto me lleva a recordar cuando me preguntaba si realmente era feliz, o algo me faltaba para poder liberar mis energías. Y sí, lo que le faltaba a mi vida para darle un toque de color, era conectar con la lectura, centrarme en los libros que tenía alrededor. Ahí entendí cuando me decían: “A veces la felicidad está más cerca de lo que crees”, y por supuesto, estaba en ese libro que me regaló mi mamá: “Te amo... pero soy feliz sin ti”.

LEVEL 07
PRESS START

▶ New Game
Options
Quit

▶ Save & Continue

LECTURA ENEMIGA FLOREZJZ

Ilustración: Laura Angélica González



Lectura enemiga

José Miguel Flórez

Nunca he sido amante de los libros. Desde pequeño, en lugar de leer, prefería salir a la cancha a jugar básquet con mis amigos, salir a montar bicicleta o jugar videojuegos sin parar. En el colegio, cuando mis compañeros de clase estaban leyendo libros y haciendo resúmenes para su entrega, yo estaba haciendo dibujos o viendo series en el celular. A pesar de que hice varios intentos por leer, nunca encontré el interés o la correcta motivación; y siempre buscaba excusas para evitarlo. Aunque debo reconocer que mis padres y algunos profesores intentaron motivarme para que lo hiciera, pero nunca pude encontrar un libro que realmente captara mi interés. En cambio, prefería explorar el mundo a través de otras formas de arte y entretenimiento.

A decir verdad, mi experiencia con los libros no es muy buena; pues nunca me llamaron la atención. Sin embargo, un día tuve la iniciativa de leer alguno ya que un amigo es muy amante de la lectura y la escritura. De hecho, tiene un libro en construcción que se llamará “Barquito de papel”. Me contó y me leyó un poco sobre este, lo que me incitó a coger un libro que tenía en casa que se titula “Hábitos atómicos”. Leí un capítulo y pensé que perdía el tiempo en lo que en realidad me gustaba, pero al final terminé por abandonarlo. A pesar de ello, algo que aprendí durante esta corta experiencia lectora, y que me marcó, fue que en un capítulo decía que, para poder lograr una meta o un propósito, era preciso mejorar un 1% cada día; y que, con el paso del tiempo, esta práctica supondría una mejora considerable. Otro de esos capítulos que llamó mi atención se titulaba “Olvida las metas y enfócate en los sistemas”. Esa frase me marcó bastante ya que las metas no son el resultado que quiero obtener; sino que los procesos y los sistemas sí son importantes para lograr y conseguir cada propósito.

En el colegio, durante los grados séptimo, octavo, noveno, décimo y once, por regla de la institución, debíamos leer un libro obligatorio por cada periodo que pasaba y presentar un resumen, capítulo por capítulo, sobre la temática que abordaba. Siempre compraba el libro y trataba de

hacer el ejercicio, pero nunca los terminaba de leer. Me daba pereza o sentía que perdía el tiempo, por lo que optaba por buscar el resumen en internet. Buscaba y buscaba en varios sitios web que me brindaran el resumen capítulo a capítulo. Cuando no encontraba el resumen que necesitaba, optaba por pedirle prestado el trabajo a algún compañero que lo hubiera leído. Soy consciente de que esto estaba mal, pero al igual lo hacía para no perder la materia. Recuerdo que un día, que debía entregar el resumen de uno de los capítulos del libro, lo busqué durante mucho tiempo en internet, hasta que encontré el resumen completo. Siempre que lo hacía, yo lo leía rápidamente y le cambiaba algunas cosas para que no fuese tan evidente mi atajo; de paso, para saber de qué trataba ese capítulo. Pero ese día, llegué a la casa muy cansado de entrenar, me dio pereza leer y solo pulsé las teclas “CTRL+C” y “CTRL+V”.

Al día siguiente, la profesora, sentada con un montón de hojas y de carpetas sobre la mesa revisando las entregas, se dio cuenta de que varios de mis compañeros y yo teníamos el mismo resumen; o posiblemente le daría pereza calificar tantos trabajos, no lo sé. Lo cierto fue que se levantó de la silla y dijo en un tono muy educado y suave: “La entrega va a ser oral”. Todos los del salón se quejaron, pero ni modo, era la profesora y era quien mandaba. La profesora tomó dos sillas, la hoja con la lista de estudiantes del salón y se salió. Puso las dos sillas en un prado que había en frente y empezó a llamar uno a uno en desorden para que le dijeran de qué trataba el capítulo y al final hacía dos preguntas sobre el mismo. Uno a uno, empezaron a pasar mis compañeros, y mientras lo hacían, busqué un audiolibro y por suerte en YouTube había un canal que se dedicaba a publicar audiolibros. Tuve la suerte de que estaba el libro que debíamos sustentar, así que puse la velocidad de reproducción en 1.5x, lo escuché con rapidez, hasta que llegó mi turno de pasar con la profesora. Me dirigí hacia ella con muchos nervios y la pregunta fue: “¿Describame al protagonista y cuál es su acción en el capítulo?” Le respondí con mucha seguridad y logré pasar la evaluación. Nuevamente fui consciente de que no era lo correcto, pero debía salvar la materia.

Ese mismo día, salí a la cancha a jugar tenis de campo. Luego de varias horas jugando, botamos bastantes pelotas por accidente hacia el tejado de la cafetería del colegio. Como era el que menos pesaba y por no pagar la cantidad de pelotas que habíamos botado, opté por subirme al techo para recuperarlas, pero no resultó nada bien. Días antes, con mi padre, me había subido

al tejado de la casa para pasar un cable de internet de la sala a mi habitación. Él me había enseñado a caminar sobre el tejado y me dijo que, para caminar sobre el tejado, tocaba hacerlo por encima de la cercha. Así que, cuando me subí al tejado de la cafetería, ya sabía cómo caminar; o al menos eso creía.

Dando pasos seguros y largos, me fui caminando hacia la cancha, donde estaban todas las pelotas. Recuperé todas las pelotas de tenis y de regreso a la escalera, dando pasos lentamente para bajar del tejado, se partió una teja. Con suerte y habilidad, logré agarrarme de la siguiente teja que le seguía a la que se rompió y quedé encima de las ollas con aceite, donde estaban preparando los alimentos para la hora de descanso. Quedé colgado de la teja un buen tiempo, mientras uno de mis amigos que me ayudó a subir llevaba una escalera para poderme bajar. Menos mal no ocurrió algo peor, me tocó pagar la teja y la mano de obra, pero fui tendencia en el colegio durante varios días.

Y así es como llevo 18 años de vida habiendo intentado leer bastantes libros que hacían parte de los planes de estudio en el colegio, pero nunca habiendo terminado uno solo; aunque disfrutando al máximo las experiencias que me da el mundo. Quizá algún día encuentre un libro que me cautive por completo, o tal vez no.

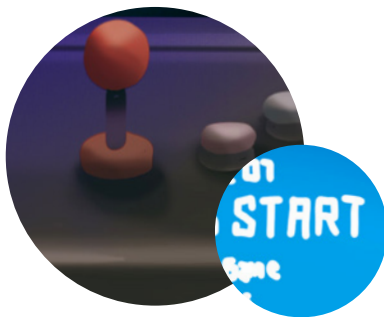


Ilustración: Camila Forero





Libros, una larga travesía llena de odio y amor

José Alejandro González Sánchez

A lo largo de mis 20 años, he experimentado muchas sensaciones y he tenido demasiadas conclusiones con varios libros, géneros y autores. Ha sido un largo recorrido por diversos mundos, donde se narran diferentes historias de vida; unas ficticias y otras inspiradas en hechos reales. Incluso me han hecho cuestionar la propia existencia, pero para no ser tan dramáticos, iré al grano.

Todo empezó cuando tenía alrededor de cinco años, cuando cursaba transición. Estábamos en clase de español, si bien recuerdo, en la cual la profesora, como actividad en clase, nos puso a leer en frente de todos para evaluar cómo estaba nuestro nivel de lectura. Fue algo bastante trágico, ya que me sentía como en una película de terror; inclusive podría decir que se sentía mucho peor, ya que en esa época era muy común que me acechara el pánico escénico. Para ese momento, el hábito de la lectura tampoco estaba tan desarrollado, ya que los únicos textos que me gustaba leer eran los cuentos de Rafael Pombo. De hecho, tenía el CD con todos sus cuentos, pero en versión caricatura; lo que me motivaba permanentemente a leerlos.

Recuerdo muy bien que pasaba horas y horas riéndome con la historia de “Simón el bobito”; pues era mi favorito del momento, junto con el del “Renacuajo paseador”. Días antes de la actividad estuve practicando la lectura con mi abuela, al principio me costó mucho ya que era un tanto disperso e hiperactivo. Me costaba trabajo quedarme quieto y el único momento en el que lograba concentrarme, era en el que veía caricaturas; no sé si era por mi edad, pero me saturaba un poco con libros extensos. Con el paso de los días fui avanzando y, cada vez la lectura fluía mejor. Ya en el salón de clase, mientras los demás pasaban para realizar su prueba, yo estaba preparando lo que iba a leer; aunque estaba un poco nervioso, pero sentía que gracias a las prácticas que había realizado, todo saldría muy bien.

El libro que nos correspondió en esa época fue “Platero y yo”, que narraba la historia de un joven y su burro, el cual lo acompañaba a todas partes; como Andy y Woody, de Toy Story. El burro se



llamaba Platero y, en resumidas cuentas, el animal era su mascota; pero el joven lo consideraba algo mayor que eso, era su amigo fiel. En fin, cuando llegó mi turno de leer en el salón, sentí todo paralizado, me sudaban las manos; pero, aun así, no tuve impedimento para seguir adelante. Cuando comencé a leer, me sentí más tranquilo, me fluían las palabras y leía con propiedad; todo estaba normal. Hasta que llegué a una página que tenía una palabra que me costaba trabajo pronunciar. En este punto, es preciso mencionar que hubo una época en la que se me dificultaba pronunciar la doble “R”; y aunque probablemente ni siquiera era un problema de gran importancia, pues era muy normal para la edad, al momento de pronunciar alguna palabra con esta letra, e involuntariamente les daba un significado diferente. Como era de esperarse, esto terminaba confundiéndolas y me asustaba el simple hecho que me sucediera y convertirme en la burla de la clase. Fue así como, lo que tanto temía, al final resultó ocurriendo. Cuando pronuncié la palabra, la profesora me interrumpió y no me dejó continuar con la historia hasta que la dijera correctamente. Tuve que hacer varios intentos; incluso quise omitir la palabra y continuar con la lectura, pero la profe me lo impidió. Al principio, mi expectativa se resumía en ganarme los aplausos de la docente y mis compañeros, pero lo único que logré fue ganar las risas del resto del salón y una mala calificación en la materia; por su puesto, acompañado de un contundente regaño.

Cuatro años después, cuando ya me encontraba cursando la primaria en un nuevo colegio, por fin estaba solucionado el tema de la doble R. Uno de los recuerdos de la lectura que se me viene a la cabeza fue “Aventuras de un niño en la calle”, escrito por Julia Mercedes Castilla, que relata la vida de un niño abandonado por sus padres, viéndose obligado a sobrevivir en una gran ciudad. Si bien este libro no fue de mis favoritos, lo recuerdo con mucho aprecio, pues me trazó la ruta de la lectura.

Para cuando tenía 10 años, amaba los libros de historia y geografía. En un escritorio lleno de libros, los que más predominaban pertenecían a esas dos áreas. Siempre que me sentía abrumado, abría un viejo atlas que mi abuela había conservado durante varios años y que después decidí heredarlo. Pasaba horas y horas imaginando que estaba viajando por el mundo, explorando la cultura de todos los países. Recuerdo que me causaban mucha intriga los croquis de Japón y de Italia, los cuales eran mis países favoritos en ese momento, y que a su vez me sentía hipnotizado por la cultura y paisajes de China. En esa misma época leí un libro de mi equipo favorito de fútbol, el cual tenía un contexto amplio y narraba su historia de manera detallada. Además, me cautivó debido a que hablaba de algo que hasta el día de hoy me sigue encantando: el fútbol.

Este libro, igualmente contribuyó bastante en la construcción de este majestuoso camino.

Pero también exploré la lectura de libros de aventuras. Si hubo una parte positiva de este episodio es que retomé la lectura como uno de mis hobbies; además de empezar a leer artículos más seguidos y libros que tuvieran que ver con el deporte. A su vez comencé a probar más textos como “La mala hora”, “Crónica de una muerte anunciada”, “El general en su laberinto”, de nuestro nobel García Márquez. De igual manera, estuvo presente “El diario de Ana Frank”, el cual me perturbó un poco debido a su historia; pero con fuerza de voluntad logré terminarlo, traumatado y todo, pero vaya que valió la pena.

Tres años después tuve que batallar con la lectura de “La Ilíada”, poema escrito por Homero. Este libro fue establecido por el profesor de mis clases de Teatro; aunque según mi razonamiento, no tenía sentido alguno y no coordinaba con la temática de la clase. No entendía muy bien el contenido del texto, cada capítulo se me hacía más peculiar que el anterior. Hasta llegué a considerarlo algo desorganizado y ambivalente, ya que manejaba un vocabulario poco común. Tal vez lo pensaba porque hacía parte del desconocimiento que me acompañaba en esa época, pues no digo que el libro sea malo o aburrido, solo es un tipo de literatura peculiar que está fuera de lo común. Lo terminé de leer, más por compromiso académico que cualquier otra cosa; y siendo sinceros, lo único que recuerdo de ese libro es que era un episodio en la guerra de Troya.

Con esto podría afirmar que fue la época de oro de la lectura en lo que respecta a mi vida. Los libros y yo íbamos acompañados de la mano, éramos inseparables. Creo que nunca hubo otra época en la que hubiera conectado tanto con algo; sobre todo, tratándose de lo que me atormentó y generó una situación embarazosa en la infancia: la lectura. Durante todo este tiempo, me he transportado a innumerables mundos, épocas y acontecimientos diferentes. Son tantos que no cabrían en este texto. Todo lo que leí en este período me cautivó y me atrapó sorprendentemente. Claro está que hubo algunas excepciones; aunque no afectan lo positivo de esta experiencia. Cada vez que empezaba un nuevo libro, lo terminaba en una semana. Incluso me demoraba menos, y bastaban 3 o 4 días; dependiendo de cuántas páginas tuviera. Fue así, como entre “odios y amores”, exploré libros que, a mi corto entender, parecían demasiado avanzados para mi edad.



ZELDA



Ilustración: Janett Alejandra Espitia Villalobos.



Los libros no tienen por qué solo ser texto

Santiago Muñoz Saavedra

Varios infantes, al momento de aprender a leer y escribir, suelen tener dificultades para recordar la pronunciación, forma y escritura de las letras. Por esto mismo, suelen soportarse en libros con estructuras sencillas de palabras y apoyos visuales; aunque gran cantidad de ellos suelen identificarse solo con textos. Pero los mismos, no solo debe contener una cantidad de palabras para formar una estructura textual, ya que los libros son contenedores de información. Un ejemplo de ello son los art-books, libros que nos presentan conceptos ilustrativos de personajes, artefactos, diseños, paisajes, escenarios, arte conceptual, entre otros. El cómo, surge de ideas que se desarrollan y evolucionan a un resultado final convertido en un producto editorial. Tal y como sucede con los libros de Hyrule Historia, creados por Nintendo, en donde la transición a través del tiempo se expresa en las diferentes obras de Zelda, con su propio universo y espacio. Gracias a estos libros de Hyrule Historia, que logré descubrir en la biblioteca de mi colegio, cambié la forma de leer e interpretar un libro.

De niño, tuve dificultades para leer y escribir, y necesité mucho apoyo con ese tema. Debido a eso, no fui muy amigo de la literatura ni de los libros, y no tenía agrado para nada de ello. En mis tiempos de primaria, por quinto grado si mal no recuerdo; de vez en cuando solía acompañar a mis compañeros a la biblioteca, ya que ellos sí leían seguido y circulaban diferentes libros. Otras veces solamente íbamos a utilizar los computadores que había en ese lugar. Uno de esos días, nos dimos cuenta de que habían llegado nuevos libros y, sin mucho interés, acompañé a mis compañeros a revisarlos. Me sorprendí cuando vi un libro grande, de color verde con un título destacado en letras doradas. Era nada más y nada menos, que el “Hyrule Historia”; lo reconocí desde el primer momento en que lo vi. Percibí diferentes emociones al tenerlo en mis manos, y con evidente conmoción, me fui apresurado para apartarlo y ser el primero que se lo pudiera llevar a casa en calidad de préstamo.

En mi casa gocé ese libro, no solo por las ilustraciones tan memorables que tenía, sino leyendo los textos y descubriendo misterios de la saga; e igualmente volviendo a evocar los momentos cuando jugaba o veía por internet parte de los videojuegos. De tal manera que aún recuerdo leer cosas como el espíritu del héroe, siendo el protagonista de un anterior juego. No fui el único que disfrutó el libro, igualmente se lo mostré a mi hermano, quien fue quien me explicó qué era un art-book. Ese descubrimiento impulsó de manera determinante mi gusto por esta clase de libros. Conocer el trasfondo de personajes, escenarios, objetos, estrategias, etc., fue algo que me encantó y actualmente mantengo un gusto por ellos. Libros como el art-books de Dofus o Blizzard, son algunos de los que desearía tener en mis manos algún día. A pesar de mi gusto, estas obras no suelen ser de un precio muy asequible para el público en general, razón por la cual tampoco los he podido adquirir. Además, si se buscan de segunda mano es muy posible que no se consigan; y de llegar a hacerlo, es muy probable que estén en pésimas condiciones. Por otra parte, en el hipotético caso de encontrar una ejemplar de segunda, preferiría no comprarlo ya que el trabajo y el esfuerzo de los autores y editores derivan un costo, que, aunque oneroso, es justo pagar.

A partir de esta experiencia personal, considero que los libros no tienen que ser solamente texto abrumador; pues pueden contener información para ser compartida y expresada de muchas maneras. Si no fuera por ese libro, probablemente no me hubiera interesado en revisar y ojear uno que otro libro. Actualmente, mantengo cierto disgusto por muchos textos extensos y demasiado complejos; pero continuo con gusto y fascinación por estos libros. Espero con ansias el siguiente art-book de Tears of the kingdom.



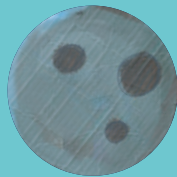




Ilustración: María José Gómez



Mas allá de un libro

Juan Camilo Gómez Organista

A comienzos del siglo XXI, surgió una época muy acelerada e intensa, llena de cambios incesantes para la población mundial. Aquella década del año 2000 estuvo repleta de acontecimientos, que la humanidad nunca pensó ver. En estos años llegaba al mundo una nueva generación de personas denominada “Z”; como la última letra del alfabeto. También fue reconocida como generación “Centennials”.

Un joven lector bogotano se ubica en un lugar emblemático de su ciudad. Se puede decir que aún es un sitio reciente en comparación a otros de interés arquitectónico y cultural de la capital. A este lugar, de pequeño lo apodaba “La mansión de los libros”; pues según él, se puede respirar un aire distinto al de otras partes de la ciudad, cerca de las vías que conducen en cualquier dirección hacia la caótica urbe. Muy pocas personas visitan este lugar, a pesar de que es un recinto donde reina el silencio; contrario a lo que pasaría en cualquier centro comercial. Las personas que van con frecuencia a la “Mansión de los libros” tienen algo en común, pues buscan tener un encuentro con los libros que están disponibles. Bien sea para leer una historia de cualquier género o consultar información para alguna investigación, o simplemente para solicitar algún ejemplar que deseen leer en casa. Muchas veces la razón por la que van a este lugar es para compartir un rato con otras personas, en cualquiera de las actividades de carácter cultural que allí se desarrollan.

Algunos momentos de la fugaz infancia de este joven tuvieron lugar en esta mansión. Pasaba largo tiempo en las zonas verdes de los alrededores, jugando con otros niños de su edad. O adentro, buscando libros de su interés, explorando y encontrando la puerta de entrada a las innumerables e infinitas posibilidades de su imaginación. Lo primero que se encontró en aquella salita con

piso de madera, techo de cemento, paredes de ladrillo y con muchos ventanales, fue una mesa repleta de libros de distintos tamaños. Allí hojeó varios volúmenes de unas historietas de origen belga, con dibujos de un joven y su perro; dos aventureros que exploraban e investigaban alrededor del planeta sobre leyendas y tesoros del pasado.

Aunque fue un pequeño libro que llegó a sus manos, gracias a su abuela y el cajón de cuentos que tenía con varias historias, con el que este joven pasó sus primeros años de lectura. Era una recopilación de cuentos, relatos, leyendas, fábulas y distintas historias que, en su mayoría, se relacionaban con la fauna. Ese libro le sirvió para aprender a leer en forma continua durante un buen tiempo, tanto, que hoy lo conserva en la biblioteca de su hogar. El primer libro que recuerda haber leído de principio a fin salió de una de las librerías más grandes del país. Su autor, León Tolstoi, fue un escritor europeo que vivió en la Rusia del siglo XIX, famoso por varias historias de carácter bélico.

Los siguientes títulos que leyó fueron impartidos por su profesora de humanidades en primaria. Fueron pocos los títulos que leería por su propia cuenta e interés personal durante ese tiempo, que comprendió las edades entre los seis y los diez años. Algunos de los títulos de editoriales para niños que aparecieron en su abanico de posibilidades fueron: “Santiago aviador”, “Cuentos para niños que creen en marcianos”, “La gata que se fue para el cielo” y “Juan Salvador Gaviota”.

Años después, el joven lector dio un salto a la literatura universal con una novela extensa aclamada por todo el mundo. Resultó ser la novela publicada en lengua española más vendida que cualquier otra. Su autor, el maestro del realismo mágico y orgullosamente colombiano, Gabriel García Márquez (Gabo), la publicó en el año 1967. Una edición vieja del libro con hojas amarillentas estuvo por mucho tiempo en la biblioteca de su casa, hasta que la descubrió. Leer “Cien años de soledad” a sus once años, fue como un reto personal; pues nunca había leído un libro de tantas páginas, tan gordo y pesado. Aunque, a decir verdad, no le gustó mucho; pues a su edad, la lectura se le hizo interminable y su contenido, algo extraño. En este libro encontró escritas muchas palabras en las que se hacía referencia al cuerpo femenino, y que, para su edad, era muy denso para entender a profundidad. Aun así, todo lo que tuvo lugar en Macondo con la familia Buendía lo sorprendió bastante.

Tiempo después vino un año en el que, durante dos meses, la gente de su país se vestía con camiseta del mismo equipo de fútbol y salían gentíos a las calles de cada ciudad, municipio, pueblito, vereda o corregimiento. Fueron millones de colombianos los que fijaron su atención en el movimiento de un balón, gracias a la emisión del mundial de futbol en las pantallas de televisores delgados. Sin embargo, para ese momento el joven se sumergiría en la lectura de otra novela que acontece en una atmósfera natural, y en la cual apreció lo que pudo ser la vida de un equino. “El Moro” de José Manuel Marroquín, le enseñó un ejemplo del recorrido de la vida desde el nacer hasta morir. Sin embargo, el joven bogotano no recuerda haber leído a muchos autores colombianos cuyos escritos daten de 200 años atrás. Al igual que esos autores del siglo antepasado, tampoco ha dedicado mucho tiempo al género lírico ni dramático; han sido pocas lecturas de poesía, tragedias o tragicomedias. Está ampliamente convencido de que esta sea la razón por la que aún no ha escrito ni declamado poemas; y por la que tampoco haya compuesto textos expresivos o algunas rimas con facilidad. Por otro lado, ratifica su gusto por leer y repetir las letras de las canciones que tanto escucha, porque asegura que sin la música no podría vivir feliz. De hecho, lo inspira una célebre frase de Gabo: “La música me ha gustado más que la literatura”.

Otro libro que descubrió este joven durante su adolescencia fue un título de Jack London del año 1906 con un canino como protagonista. Su título es “Colmillo Blanco”, y siendo más específicos es conocido como *Canis lupus familiaris*. Fue uno de los libros que leyó con más agrado, pues se adentró en el norte del continente, donde el suelo permanecía cubierto por una extensa capa blanca y gris. Además, en ese bioma todos los días solían ser opacos y congelados; con un ambiente inhóspito, lleno de naturaleza hostil en la que predominaban formas violentas, en donde cada uno de los individuos buscaba sobrevivir al interior de sus manadas. Siempre quiso leer más historias con este estilo de aventura y supervivencia, en las que Jack London construye una metáfora a través de la combinación entre la compleja cotidianidad de la vida social humana y la difícil, pero equilibrada, vida de seres de cuatro patas.

Cuando el joven tuvo la oportunidad de leer “El Principito”, lo consideró uno de sus favoritos y confirmó que hace parte de las obras maestras de la literatura universal. En ella pudo descubrir la aventura que podría plasmarse en los pensamientos de cualquier nefelibata y, de seguro, quisiera aventurarse de esa manera audaz; al menos por una vez. Según el joven



lector, este no es otro libro infantil como pensarían la mayoría de los adultos, o uno aburrido para muchos jóvenes por su brevedad. En realidad, abarca toda la belleza de la vida, aquellos sentimientos como el amor, la amistad, la soledad, y los demás componentes que pueden hallarse en cada ser humano. Cada vez que leía algún capítulo del libro le parecía emotivo. Los primeros capítulos que leyó lo hicieron pensar en cómo podría sentirse estar parado a miles de millas de algún lugar o región habitada; sobre la arena o tierra del desierto, observando el firmamento con una cantidad inconmensurable de cuerpos celestes. Además, contemplando la naturaleza desconocida, al igual que la vida en este mundo, comprobando que somos efímeros, infinitos e incomprensibles. Claramente, el pequeño príncipe le hizo comprender que lo más importante no se puede ver con los ojos, y que muchos adultos no prestan atención a lo que realmente es prioridad en la vida. Es un libro que asegura podría volver a leer en repetidas ocasiones.

Este “centennial” siempre se ha interesado por saber qué ocurre en el mundo, las cosas novedosas, especiales e interesantes que aparecen todos los días en cualquier artículo o noticia que despierte interés. Hace unos años su familia compró una suscripción al periódico que aún circula en medio impreso en Bogotá y el resto del país; pero que ahora muchos pueden leer deslizando el dedo sobre una pantalla, en vez de ir doblando y pasando las enormes hojas de papel. Durante las primeras horas del día llegaba a su casa el periódico; ingresaba por debajo de la puerta, junto a otros impresos como revistas de supermercados, recibos de servicios públicos, correspondencia del banco y unas cuantas revistas semanales. Siempre bajaba un piso desde su cuarto hasta la entrada para recoger el periódico y la correspondencia. Mientras tomaban el desayuno en familia, en un comedor redondo, hojeaban y se repartían las secciones de las noticias. Las secciones que siempre revisaba eran noticias internacionales, deportes, tecnología, viajes y, desde luego, las caricaturas de política y las clásicas tiras cómicas. El joven coleccionó durante 3 años una tira cómica americana llamada Peanuts, más conocida como “Snoopy y sus amigos”.

Al terminar de leer el periódico, muchas veces quedaba dejaba desordenado y doblado como si fuera el diario de la semana anterior. Ese tiempo de lectura solo lo podían compartir en familia cuando el joven no tenía una jornada larga en el colegio y cuando su padre no tenía el turno de

trabajo a las 6:00 de la mañana. Aun así, todos los días ambos resultaban leyendo algo en la prensa; incluso de noche y comentando al respecto. Tiempo después, al mudarse de esa casa, el joven ya no volvió a encontrar las primeras planas debajo de la puerta. Ahora, al igual que mucha gente, se informa de lo que pasa en el mundo por medio de su dispositivo electrónico, donde lee con frecuencia noticias por medio de internet.

En realidad, comenta que lo de leer las noticias a diario se dio por una tarea semanal de su profesor de humanidades en bachillerato; para conocer varias maneras de redactar un texto, tomando como base las noticias que allí se publicaban. Actualmente ve a muchas personas usando el celular deslizando la pantalla con los dedos, pero no precisamente para leer un libro o una noticia de un medio de comunicación verificado. Lamenta que, con todas las posibilidades de acceder a buenos materiales bibliográficos e información o contenidos interesantes y educativos, buena parte de la población solo busca viralizar y consumir cada vez más pendejadas. Se dice que, dependiendo de los contenidos a los que se accede por medio de las redes sociales, se puede generar un impacto negativo en la vida social de cada persona. El joven cree que también debe mantenerse un equilibrio en cuanto al uso de las pantallas y el tiempo de exposición visual a ellas.

En el año 2018, en abril se celebraba la edición número 30 de la Feria Internacional del Libro de Bogotá -FILBO-, y el joven compró un libro de reportajes, crónicas y estadísticas del fútbol colombiano, escrito por hombres y mujeres, periodistas del mundo deportivo. Su título anticipado era “De Rusia a Rusia”, y daba cuenta de las anécdotas de cada mundial en los que ha participado la selección nacional; además de otros datos curiosos de cada uno de esos eventos. Durante las vacaciones de navidad, completó el libro escribiendo lo que sucedió con la Selección Colombia en el mundial de Rusia. Para ese entonces, además del fútbol, también se hablaba de política en todo el país; dos temas que siempre han sido premisa en la sociedad colombiana. Los primeros años de la nueva década han sido cada vez más intensos, complicados y adversos. Lo último que sucedió fue una pandemia global y una atroz guerra en el oriente del continente europeo; incluyendo las alteraciones de los fenómenos climatológicos, mucho más extremos, y que han dejado en evidencia el problema del cambio climático, el cual sigue siendo generado por la actividad industrial.

Lo último que el joven leyó sobre literatura fue durante un vuelo de ida y vuelta de Bogotá a la costa Caribe. Desde el cielo, en la silla que daba al ala de un Boeing 737-800, leyó un libro elaborado en 2022 por el Instituto Distrital de las Artes -IDARTES- para el programa Libro al viento que se titula “Por fin ha comenzado el fin”. Un libro de cuentos y poemas coreanos. Hasta ahora no conocía mucho acerca de la literatura de esta lejana región, pero en ella encontró una historia breve, escrita por un autor surcoreano llamado Jung Young Su. Los hechos acontecen entre las ciudades de Shanghái y Seúl, y narra la historia de desamor de una pareja, en la que el protagonista, un joven adulto proveniente del país del sur de la península, toma un vuelo hacia China. Se ve obligado a probar suerte solo, en medio de otra cultura; pero acompañado de personas de su misma nacionalidad, busca salir adelante y brindarse una buena vida por cuenta propia, al igual que planea resolver los conflictos que ha llevado consigo mismo al gigante asiático.

De la misma manera, muchos jóvenes en todo el mundo hacen parte de esa generación, entre los 18 a 25 años que viven en la capital colombiana. Varios de estos jóvenes que residen en Bogotá se han involucrado en diversas causas para cambiar el presente; y con tal de tener un futuro prometedor, han querido traer conductas que impacten de forma positiva la vida en todos los sentidos. Los jóvenes de Bogotá buscan formar parte de diversas causas como la cultura, el arte, la literatura, el cine, el deporte, la ciencia, la tecnología y la innovación; así como emprendimiento, o atender los retos del cambio climático. Muchos de los que pertenecen a esta comunidad juvenil tienen refugio en nuestra mente y en espacios en los que nos sentimos, por un momento, realizados o plenamente vivos: Los libros y la lectura hacen parte de esos momentos, en los que usamos la mente para proyectar las situaciones, descubrir lugares inexplorados construyendo experiencias que quisiéramos llegar a tener en nuestra propia vida, y a las que probablemente solo se puedan acceder gracias a la lectura.

Mucho se ha especulado en los últimos años acerca de que los jóvenes en el país no leen y hasta ya suena cliché tal rumor. En realidad, es una frase falsa; porque, de hecho, así como este joven bogotano, muchos otros jóvenes leen sobre diversos temas, porque saben que entre más leen más conocen y aprenden. Saben que con la lectura pueden educarse por cuenta propia y consiguen socializar o desarrollar otros conocimientos que pueden ser útiles en cualquier momento

de su vida. Usan la lectura para su formación, pero no exclusivamente de carácter profesional; también puede darse de carácter personal, representando una actividad de entretenimiento u ocio que disfrutan a plenitud. Ahora, en 2023 la mayoría de los jóvenes adultos tienen muchas cosas en común, no solo en Bogotá o en otras ciudades de Colombia. También se hace evidente, gracias a la globalización e interacción con jóvenes de otras partes del mundo, que se están uniendo para organizar y conformar comunidades, con el ánimo de dar un golpe favorable a esta sociedad destructiva; siendo inevitable eso de “Cambiar creando y mejorando las cosas”.





Ilustración: Daniel Felipe Urbina

A stylized white signature of the artist, Daniel Felipe Urbina, located in the bottom right corner of the illustration.



Romance oscuro en la literatura

Sofía Garnica Camacho

“No fue mi intención enamorarme. Pero ahora que lo tengo, no puedo quedarme fuera. Estoy hipnotizado por su sonrisa, por sus ojos y la forma en que se mueve. La forma en que se desnuda... Seguiré observando y esperando. Hasta que pueda hacerla mía. Y una vez que lo esté, nunca la dejaré ir. Ni siquiera cuando ella me lo ruegue”.

Fragmento de Haunting Adeline

Recuerdo la sensación de leer por primera vez un libro que tratara temas explícitos y poco comunes en la literatura juvenil; al igual que la sensación de leer cada detalle sobre temas fuera de lo común, pero nada ajeno a la realidad del día a día. Estaba muy acostumbrada a leer romances vainilla y cliché, sagas distópicas, de fantasía o incluso libros escolares en inglés, o con algunas palabras y frases en francés. Desde muy pequeña, mi papá me inculcó la lectura, y al año leía hasta quince libros. No era de las niñas que salían de la casa, tampoco me la pasaba jugando. Mis mayores pasatiempos eran dibujar y bailar; pero sobre todo leer, pues gracias a ellos he podido despejar la mente y escapar de las rutinas. A través de cada palabra siento que estoy en otro universo y, hoy en día, leer me hace sentir parte de los protagonistas; logro conectarme tanto con el libro que en realidad siento que estoy viviendo en una película.

Mis primeros libros leídos fueron los de “Mafalda”, los cuales, a pesar de tratar temas no tan claros para una niña de 6 años, los entendía y disfrutaba a mi manera a través de las imágenes. “Harry Potter” fue una colección que mi papá me regaló y disfruté los 7 libros completos; todavía los cuido y atesoro porque a pesar de que las adaptaciones son increíbles, la verdadera magia se vive al pasar las páginas de cada historia que el protagonista vivió.

A finales del 2021, ya finalizando el confinamiento por la pandemia, mediante una red social me empecé a adentrar en el mundo de la literatura juvenil, con libros sobre romance adolescente, relaciones, mentiras y engaños; nada del otro mundo. Sin embargo, para las vacaciones del 2022 decidí empezar la saga de pecados placenteros, libros que se convirtieron en mis favoritos, pues la trama circulaba alrededor de la milicia, la mafia, las drogas; muertes, relaciones tóxicas e infidelidades, entre otros. Me fascinó cómo la autora no solo detallaba cada escena de acción, sino que ahondaba sobre los objetivos de cada mafia (italiana o rusa) en temas como torturas de víctimas, trata de blancas, violaciones, secuestros, maltrato, asesinato, BDSM (prácticas eróticas consensuadas), prostitución, y demás temas que atrapan al lector con solo leer el primer capítulo.

Después de leer variedad de libros, tanto en formato físico como digital, a mis manos llegó una trilogía de romance oscuro; misterioso y sangriento. Cada halloween, Satan's Affair vendrá a ti: "Viajamos por el país, ofreciendo terroríficas casas encantadas y con cada pueblo que pasa, limpio este mundo; una ejecución a la vez. Me escondo entre las paredes, lanzando mi juicio por aquellos que apestan la maldad, cantando canciones de cuna a sus almas podridas. Una vez que has sido elegido, no hay forma de escapar de mis secuaces quienes satisfacen todos mis deseos". Acompañado de "Haunting Adeline" y "Hunting Adeline", libros que me atraparon con solo leer las advertencias, pues el sadismo que se ve en la protagonista, el masoquismo y lo sangriento, no a cualquier persona le puede gustar. Pero la manera como la autora detalla cada escena y aborda los temas como la pedofilia, la prostitución, el narcotráfico, la trata de blancas, la venta de órganos, la violencia sexual, física, psicológica y verbal; me hizo dar cuenta el gusto que tenía por libros de "Romance Oscuro". La emoción que sentí al leer este texto no se compara con nada; no quería parar, cada palabra, cada frase y cada escena te deja a la espera de más. Recuerdo que lo que más me impactó fue el final del primer libro, ya que el giro de la trama te deja con mil preguntas, las cuales son resueltas en el transcurso de los siguientes libros.

Este género literario recibe diariamente muchas críticas, tanto negativas como positivas; pues romantiza muchas actitudes posesivas, tóxicas y mal vistas para la sociedad. Por lo general, contiene relaciones amorosas intensas y apasionadas, pero también peligrosas y, a menudo, poco saludables. Los protagonistas masculinos son retratados como dominantes y agresivos,

mientras que las protagonistas femeninas generalmente son sumisas y dependientes. El abuso emocional y físico se hace evidente en las relaciones, así como la violencia y otras condiciones de este tipo. Por esta razón, muchas personas cancelan y critican este tipo de lecturas, justificando que esto puede enviar un mensaje dañino a los lectores, especialmente a las mujeres, que pueden internalizar estos estereotipos y creer que es normal ser tratadas de manera abusiva por sus parejas.

Aunque el impacto de este género literario en los lectores depende altamente del contexto en el que se lee, y de la interpretación individual de cada lector, es importante que los mismos lectores sean críticos y conscientes de los mensajes que reciben a través de la literatura. Por supuesto, es importante reconocer y tener presente que se trata de historias de ficción. Sin embargo, la literatura tiene el poder de influir en nuestra forma de pensar y ver el mundo real. Un mundo en el que la violencia doméstica y el abuso son desafortunadamente comunes es importante; de ahí que se debe ser conscientes del impacto que la literatura puede tener en nuestra percepción de las relaciones y el amor.

Por esta razón, es importante que este tipo de temas que trata el romance oscuro no sean nada ajeno a la realidad. No solo se ve con la violencia. El hecho de que no veamos de frente o seamos partícipes del tráfico de personas, órganos, niños, dinero, drogas y armas, no quiere decir que en las mismas redes de negocios, política, empresas y mafias no estén presentes. Por estas razones, las autoras siempre incluyen una página de advertencia con los temas que abordarán en cada libro, y recomiendan que, si es sensible con alguno de estos temas, es mejor que no iniciar con dicha lectura.

Así fue como, desde marzo del 2023, en mi biblioteca empecé a incluir libros de este tipo; biografías, trilogías e incluso sagas con contenido adulto, escenas violentas, sexo explícito y tabú. Temas que son para personas con mente abierta, que aprecian una buena trama, mucho drama y un buen romance de fondo. El romance oscuro puede ser una forma de escapismo interesante y emocionante en la literatura. Este tipo de libros permiten disfrutar de la exploración de temas oscuros y emociones intensas. Sin embargo, es importante recordar que, en la vida real, las relaciones tóxicas y abusivas no son algo romántico ni deseable.



Ilustración: Ana María Olaya



Sin título

Julián Fernando Suna

Estaba en quinto de primaria cuando leí un libro que marcaría mi forma de percibir la lectura; como algo que me podría brindar sentimientos de intriga y terror. “La casa de los espejos humeantes” fue el libro que me dejó una estampilla en cuestiones literarias; ya que hacía parte del plan lector en mis clases de lenguaje y no solía estar tan interesado en la literatura. Al inicio pensé que sería otro libro aburrido que debía leer, pero cuando empecé a leerlo, en mi mente todo se veía lúgubre debido a que en el inicio hay una pequeña estrofa que me transmitía ese sentimiento de incertidumbre, similar a cuando las películas inician con la advertencia de que están basadas en hechos reales.

También llegué a pensar que sería otro texto que era obligatorio comprar, el típico que era necesario para pasar la materia de plan lector. Sin embargo, cuando lo empecé a leer, me di cuenta de que no sería así; pues hasta leía de manera semanal y algo que notaba era que jamás me aburría cuando llegaba el momento de leerlo. Toda la vida he sido fanático del mundo paranormal, debido a que siempre deja a la deriva la pregunta: ¿Acaso siempre estamos solos?, Al parecer, hay momentos en los que no estamos solos, y hay seres que no son de este plano terrenal y nos observan.

Mientras leía este libro, la incertidumbre no me permitía detenerme hasta donde la profesora nos indicaba, y siempre leía un poco más. Cada capítulo hacía que me adentrara en este mundo paranormal que planteaba el autor, desarrollando de una manera excelente el clímax, ya que no parecía el típico cliché que se emplea en algunas películas de suspenso o, inclusive otros libros que abordan la misma temática.

A cambio de contar la convencional historia paranormal de fantasmas y demonios, el autor decidió incluir a “La patasola”, una leyenda bastante conocida dentro del folclor colombiano. La integración de esta popular leyenda no se sintió para nada forzada, como ocurre en las ya mencionadas películas de terror, cuando tratan de darle un giro a la trama. Fue precisamente este giro lo que me terminó de enganchar por completo a la historia, ya que ahora el protagonista, quien era simplemente un adolescente cualquiera, tenía que solucionar todo el problema que plantea la crónica.

Recuerdo que las pláticas con mis amigos, en los descansos después de la clase, eran sobre lo genial que nos había parecido, ya que le daba más peso a la trama que se planteaba desde un inicio. Después de terminar de leer el libro, recuerdo que todos mis compañeros y yo dijimos lo mismo: “Es el mejor libro que hemos podido leer en esta materia”. La profesora que la dictaba vio que nos había gustado tanto, que contactó al autor del libro para que impartiera una charla en el colegio sobre su experiencia literaria. Posteriormente nos dio su autógrafo en los libros.

Mi fascinación hacia este libro era tanta que, en mi cerebro de niño de 11 años, pensaba como hacer una adaptación para el cine. Así que cuando me acerqué al autor, Albeiro Echavarría, lo primero que le dije fue que quería hacer una película sobre el libro cuando yo fuera grande. De él salió una enorme sonrisa y me dijo que con gusto él me daba los permisos y las autorizaciones que necesitara. Me fui a casa con el pensamiento de que el mismo autor me hubiera dado permiso para hacer la película en el futuro.

En ese momento comprendí que la literatura es capaz de generar bastantes sentimientos más allá de solo ver palabras y quedarse enganchado con la historia. A mis 11 años, jamás llegué a pensar que un texto donde no hay imágenes, ya sean estáticas o en movimiento como una película, me pudieran generar angustia, suspenso y en algunas ocasiones terror. Ahora aprecio y valoro más la lectura, ya que puede llegar a ser mucho más interesante que ciertas películas que solo están hechas para satisfacer a un grupo específico de personas. Mientras que la literatura está hecha con más corazón y alma, debido a que no es una empresa gigante la que está detrás del libro, sino una persona a la que le importa que el público disfrute de manera

genuina las obras que hace. Estoy seguro de que eso fue lo que trató de hacer Albeiro Echavarría, y lo consiguió a la perfección.

Actualmente, a mis 19 años, no sabría decir si aún está en mis planes realizar la adaptación al cine. Sin embargo, teniendo en cuenta que ahora estudio Realización de Medios Audiovisuales, quiero hacer un énfasis en cine. Quizás eso me permita cumplir ese sueño que tuve a los 11 años, cuando, aunque no de manera escrita, el gran autor Albeiro Echavarría, con una sonrisa en su rostro, me autorizó hacer una película sobre su obra literaria.





Ilustración: Saray Viviana Sánchez



Transformación de un lector

Lizeth Carolina Cruz Prieto

A veces comenzamos desde lo más bajo hasta lo más alto. A menudo, lo alto es superior mientras que lo bajo se queda sin descubrir. Aunque en la literatura es distinto; pues cada persona tiene su opinión e interpretación del impacto que puede generar cada lectura. No todas las personas son homogéneas, ya que existe un diferenciador único, ya sea bueno o malo.

Observé en mi interior a esa persona cuando se sentó e inició una transformación inexplicable en otro ser. Sus ojos ya no eran los mismos, pues recorrían una y otra vez cada letra donde exhortaban una gran intranquilidad. Ella se vinculó a través del encanto de los libros y la lectura, mientras que todo a su alrededor se suspendía. Solo un libro sostenía entre sus manos, pero había otro mundo que se generaba en su desmesurada imaginación; alcanzando un entorno de emociones con una vivez cálida de conocimientos, para pertenecer a un mundo incierto pero sobresaliente.

Desde allí recordé cómo empezó. Tenía 11 años y solo era una pequeña que jugaba con sus juguetes la mayor parte de su tiempo; pero en quinto grado empezó a leer “El Principito” porque la profesora Angélica optó por atraer a los estudiantes a la literatura con este libro. La persona llegó a la biblioteca preguntando por el libro y se lo entregué. La mayoría de los seres humanos siempre vemos la portada, y en este caso, su primer pensamiento era un mundo fantástico en donde el protagonista enfrenta aventuras inesperadas. Luego se detuvo a pensar: ¿una imagen y un título no pueden contar la misma historia que las páginas? Pero después se encausó en su realidad, cuando abrió el libro y buscó la última página para saber cuántas tenía en total. Luego contó las páginas que debía leer y se fue.

A la semana siguiente, en tiempo de descanso, volvió a la biblioteca sosteniendo el libro. Se sentó y comenzó a leer. Pensé: ¡grandioso! Pero solo estaba haciendo su tarea. Leía medianamente porque debía entregar su resumen después del descanso. Cuando terminó, se detuvo un momento y volvió a las primeras páginas donde había un dibujo y pensó: ¿Qué hace un sombrero en esto? Luego vio que en las páginas siguientes había un dibujo con un elefante que había sido comido por una boa.

Con la expresión de su rostro evidencí claramente que no leyó el libro por cordialidad, sino que lo “destrozó”, pasando página tras página, sin tener una pizca de entendimiento. Aun así, con el alivio de haber completado su tarea para obtener una calificación (poco confiable), se fue. No obstante, en el segundo descanso regresó con una actitud desconcertante; volvió a sentarse y abrió la primera página. Me sorprendí viendo a la persona y me preguntaba: ¿por qué volvió? A veces se detenía y luego retomaba el hilo de la lectura. Después de unos minutos me acerqué y le pregunté:

—¿Qué pasó?

—Es interesante cómo podemos percibir las cosas, y cómo podemos expresar una idea a los demás con el objetivo de que tengan una misma perspectiva—. Me respondió después de algunos segundos.

Cerró el libro y se fue. Solo me dije a mí mismo: ¡A veces los niños juegan con sus juguetes, pero no ven que están utilizando su ingeniosa imaginación!

Tiempo después, esa misma persona ya tendría unos 15 años, y en octavo grado ya tenía otro profesor que se llamaba Andrés. Cierta día este profesor, que era más riguroso y exigente con sus alumnos, decidió alterar los pensamientos fantásticos con la realidad. Recuerdo que cada año les decía a sus alumnos: “Es hora de dejar un poco la inmensidad de la fantasía y ser más entrañables en las adversidades reales”. Supongo que los estudiantes siempre pensaban en lo mismo: “solo va a hacer una calificación más”.

En esa oportunidad, el libro que debían leer era “Crimen y castigo”, y nunca había visto la biblioteca tan llena; los estudiantes no podían dejar de leer. Aquella persona estaba concentrada, dejó de escribir los resúmenes de los capítulos y solo se movían sus ojos de color ocre. Al día siguiente siguió asistiendo hasta completar tres meses solamente en la inmensidad del libro. El último día, cuando cerró el libro, le dijo a una compañera que estaba al lado:

—Conocí el horror de tener una conciencia esporádica del personaje que se convierte en una impunidad, hasta que llega la justicia para así obtener una redención. Desde allí se ve la importancia de que lo señalen culpable—



Poco antes de salir al periodo de vacaciones, aquella persona volvió y se dirigió a mí diciéndome:

—Necesito un libro.

—Escoge cualquiera—, le respondí.

—¿Cómo sé que el libro que voy a escoger me va a gustar? —, respondió un tanto confundida.

—¿Acaso escogiste los anteriores que leíste? —, le dije.

Luego caminó por toda la biblioteca y se detuvo un momento para leer el título, pero con rapidez lo escogió y me dijo:

—¡Este! ¡Este es el que quiero leer! —

El libro era “La ciudad de las bestias”; le pregunté por qué quería leerlo y me respondió:

—Mi pensamiento no solo es vivir una fantasía, sino lo que trae consigo para el lector y una aventura innegable. Además, subir hasta las nubes también es desplomarse para contar una realidad—

No solo es una levedad del momento al sostener un libro, sino una cesante impaciencia de leer página por página. Esa es la desgarradora trampa de cualquier libro; las palabras conocidas o por conocerse, sean coloquiales o cultas. La forma y redacción del cómo están escritas; ya sea para entender o para pensar. Las particularidades que tienen los personajes forman parte de la atención del lector y la tortura de la intriga que envuelven a las reacciones por su pensamiento o actitud. Tal vez los autores no se dan cuenta de los cambios significativos que impactan, o puede ser que sí; ya que los vuelve decisivos para tener un final significativo.



Ilustración: Bayron Andrés Moreno



Ultimate Spider-Man. Muerte de un concepto infantil en Comics

Juan José Varón Velásquez

¿Alguna vez un texto te ha marcado mucho? Siendo más específico: ¿Un cómic? En mi caso he de decir que sí; tanto que ahora soy un gran fan de los cómics ya que han representado todo un cambio de la forma de ver la vida.

Pero empecemos con un poco de contexto antes de desglosar esta maravilla literaria en forma de cómic. Todo comienza en el año 2016, cuando mi hermana estaba de viaje por Europa con motivo de sus 15 años y me dio varias opciones para escoger algo que me pudiera traer. En ese momento fue una decisión bastante complicada, ya que mis gustos no estaban tan definidos, pero era un gran fan de Spider-Man así que le pedí uno de esos Cómics; básicamente porque nunca en mi vida había leído uno y quería saber si eran tan buenos como las películas que tanto me gustan. Semanas después, mi hermana llegó de su viaje y me entregó el regalo; era uno diferente, con tapa dura y una presentación impresionante. Lo suficiente para un niño de 12 años, simplemente Spider-Man agachado en una posición estática y de fondo el Duende Verde acechándolo de fondo en un contexto un poco sombrío.

Al momento de abrir el grueso libro, lo primero que noté fue que no era el mismo Spider-Man que había conocido toda la vida. De hecho, aún más gracioso fue darme cuenta de que no todos los que conocía, por medio de las series de televisión, películas y un gran etcétera, eran los mismos. Era la primera vez que veía a ese personaje en el concepto del “Multiverso”, el cual está muy de moda y diría que, tal vez, estoy un poco saturado con esta idea. Aun así, para la pequeña mente del Juan José de 12 años fue algo impresionante, con diferentes historias y, casi que, infinitas en cuanto a Cómics.

La primera historia iniciaba con un texto extenso en donde resumían los sucesos de Cómics anteriores, para lograr entender cómo habíamos llegado aquí; a su vez, hablaba de lo que trataría

toda la recopilación. Recuerdo que ni siquiera hice el intento de leerlo, ya que no tenía dibujos, ni tampoco el dinamismo de las ilustraciones de Mark Bagley. Para un chico con hiperactividad y atención dispersa, el simple hecho de mirar esa página por más de 10 segundos era una tarea titánica; incluso, si me interesaba no era capaz de leerlo. He de confesar que hoy en día, aún se me dificulta bastante leer texto sin alguna imagen que me permita seguir inmerso en él. De hecho, debo aceptar que ni siquiera con la madurez que tengo, y con mi trastorno aun sin tratamiento, he sido capaz de leer esa página en su totalidad; seguramente haya leído como dos párrafos máximos.

Una vez ignorado gran parte del contexto, decidí que era hora de pasar a lo realmente divertido, ver a Spider-Man enfrentarse a uno de sus enemigos más grandes. Pero pronto me pude dar cuenta que el Cómic Spidey era más que simples historias, en donde todo termina con un final feliz. Iniciaba con la crónica de un par de criminales causando caos en Nueva York y, como de costumbre, nuestro amigo y vecino estaba allí para detenerlos. Uno de los criminales logra desaparecer de la vista de Spidey, pero este es detenido por Kitty Pryde. La primera reacción que tuve con este personaje fue de total confusión, ya que nunca la había visto antes y sus poderes de hackers intangibles para traspasar muros eran algo que no terminaba de entender. Con todo, los criminales ya derrotados y la policía llegando para retenerlos, todos se relajan, incluso Peter Parker empieza a hablar con Kitty de su antigua relación amorosa; cosa que, en su momento, pasé por alto, ya que ni siquiera sabía quién era ese personaje.

De repente, la escena y la ambientación cambian totalmente y una bestia desconocida sale debajo de las calles y empieza a atacarlos a todos. Pero lo más impresionante era oír a Spidey dirigiéndose a esa cosa con el nombre MJ, lo cual está claro que significaba: Mary Jane; algo que realmente no esperé leer en las primeras páginas del cómic. Al final resultó que todo era una pesadilla de MJ que se estaba quedando dormida en clase. En adelante, pasamos a lo que yo llamaría un poco de relleno, ya que se relata un poco de la vida estudiantil de Peter y sus compañeros. La verdad, me parece un tanto aburrida y creo que es la parte más débil del cómic.

Luego pasamos de una de las peores, a una de las mejores y más impactantes historias de este libro. Nos trasladamos a una de las bases de Shield en Nueva York, la cual es una organización



de defensa nacional que existe en la mayoría de los cómics y adaptaciones del universo Marvel. En ese momento tuve varios sentimientos encontrados con este cambio: primero fue un poco de rabia, ya que el personaje de Nick Fury se me hacía bastante interesante y el personaje de Carol de primera impresión no me cayó tan bien; realmente en el resto del cómic no es que haya mejorado mi simpatía por ella, pero eso lo iré hablando por el transcurso de la crónica. Por otra parte, siempre me causó gracia como tradujeron el nombre Nick Fury, la verdad hoy se me sigue haciendo bastante innecesario ese nombre, pero era de esperarse, debido a que este cómic es adaptación castellana.

Dejando de lado a Shield, a Carol y a Nick, creo que es momento de hablar de una de mis partes favoritas y un total boom en mi cabeza de prepuberto. Me refiero a nada más y nada menos que el intimidante, poderoso, increíble y uno de los más impactantes personajes que había visto para ese entonces: Norman Osborn. Hablo totalmente en serio cuando digo que me quedo sin palabras a la hora de hablar de este sujeto, no tengo frases para describir lo que fue este villano y lo que representó el descubrir a un sujeto malvado con intenciones asesinas. Aunque no solo se reduce a ser eso, el tipo era sorprendentemente inteligente y maquiavélico, todo lo que hacía, lo hacía impulsado por su necesidad de poder; era simplemente impresionante.

Continuando con la historia, Carol empieza a hablar con Norman, pero este último intenta evitarla ya que parece que tiene un trato con Nick Fury y quiere hablar solo con él. El trato parece tener algo que ver con su hijo Harry Osborn, lo cual demuestra que, aunque este tipo sea un ser maquiavélico, aún tiene algo de humanidad representada por su hijo Norman. Pero Carol, con su actitud pedante, le sigue molestando y simplemente no logra nada con esta conversación. La escena termina con Carol yéndose frente a un Norman que, aunque enojado e impotente, genera una catástrofe en todo el lugar, haciendo que una gran parte de supervillanos logren escapar de la base y, sobre todo, que el Duende Verde quede libre.

Antes de seguir, quisiera hablar un poco sobre este personaje. Creo que era la primera vez que me quedaba en silencio al ver a un villano revelarse y ver el aspecto de este último. No era nada parecido a algo que haya visto antes, ni siquiera se parecía a alguno de los duendes verdes que había visto en otras adaptaciones. Este tipo era gigante, parecido a Hulk pero más

monstruoso. Era tan amenazante que, en serio, me quedé un buen rato analizando y pensando en lo jodido y lo difícil que Spidey lo tendría con este sujeto.

El resto de la trama sigue normalmente. “Los Vengadores” se encargan de atrapar a muchos de los supervillanos que habían escapado de la base de Shield. En las noticias aparece Norman en su aspecto normal, revelando todo y haciéndose un poco la víctima para ganarse la simpatía de la gente. Se ve a MJ paseando con Peter luego de ver la noticia totalmente aterrada; pero Peter, sin miedo y una determinación impresionante, logra calmarla y le dice que evacúe la ciudad. Tiempo después, Peter llega a su casa y también le dice a la tía May, que hace su primera aparición en el cómic, que debe alejarse lo más posible de Nueva York antes de que las cosas se salgan aún más de control. La tía May, aunque preocupada, decide hacerle caso a Peter.

Peter simplemente se siente enojado y con una expresión de ira, ve como su tía se va. Luego, se pone manos a la obra y decide ir a atrapar a algún villano que siga libre, cuando de repente se encuentra con Electro y estos dos inician una batalla que termina con Spidey debilitado, y Electro derrotado. Se ve cómo los Shield, comandados por Carol, empiezan a abatir a Spider-Man por orden de esta. Uno de los proyectiles termina dando en el blanco y es capturado por Shield, lo cual nunca me cuadró ya que Shield ya conocía a Spider-Man y todas las cosas que había hecho. En la base en la que Peter es retenido, llega Kitty Pryde y logra sacarlo de la prisión a duras penas. Al final, se descubre que Carol capturó a Spidey para usarlo como cebo contra el Duende Verde, lo cual, en esa época, y al día de hoy, se me hace un plan bastante tonto.

Finalmente, Peter se enfrenta al Duende Verde. Para ese momento no temía tanto por lo que sería de Spidey en este combate contra el duende, ya que en el cómic había demostrado de lo que era capaz y de lo inteligente que debía ser para ese combate. Realmente pasé de tener miedo a sentir emoción y quería que Peter lo derrotara. Pero en el transcurso del combate, a Spidey se le acaban las telarañas, dándole la oportunidad al duende de escapar. Como Carol está de adorno en este cómic, también deja que este escape. A decir verdad, pensé que ella estaba del lado de Osborn.

Tiempo después, Peter está en su casa tomando un descanso de todo lo que habían sido solo unas horas, aunque para mí, fueron días. Viendo la televisión, Peter ve que Carol tiene a Harry, el hijo de Norman, en la base de Shield en una entrevista pública para atraer la atención de Osborn y traerlo al nido. Peter acude lo más rápido posible a la base, ya que sabe que Norman está detrás de su hijo, pero no es lo suficientemente rápido y Norman llega antes en su aspecto de duende. De repente, vemos que Harry también se transforma en duende. Eso fue algo que nunca esperé, ya que durante el cómic lo vi como alguien débil, pero al ver que este ocultaba el mismo poder de su padre, realmente cambió mucho mi perspectiva del personaje cuando lo volví a leer. Spidey llega a la escena e intenta ayudar a Norman, pero es inútil. Norman está totalmente cegado por la ira y lo derrota con facilidad. Su rabia después va hacia su propio hijo. Norman se siente totalmente traicionado y cada vez con más ira empieza a golpear a su hijo hasta llevarlo a la muerte.

En el momento en que vi el panel de Harry en su forma humana, muerto y derrotado por el que alguna vez llamó su padre, simplemente tuve que parar de leer para tomar un poco de aire. Era la primera vez que veía un final tan impactante en alguna obra en general. Cuando lo retomé, me di cuenta de que al cómic no le quedaban muchas páginas. Todo había terminado así. Spidey había perdido y en una sola noche. Al final, solo podemos ver a un Norman impactado, un hombre que lo había perdido todo por sus propias manos, que había sido derrotado por sí mismo, por su ambición de poder e ira. Impotente, le pide a Carol que acabe con su vida, a lo cual esta responde dándole un tiro en la cabeza. Peter se levanta y ve a Carol con el arma con la cual había asesinado a Norman. Este cayendo al suelo y con Harry en un charco de sangre diluida por la lluvia y por la sangre del padre. El cómic cierra esta escena con Peter sosteniendo impotente y rendido el cuerpo del que alguna vez fue más que su amigo, de su hermano.

Y así fue, como la lectura de este cómic, me impactó profundamente.





Ilustración: Paula Juliana Ramírez /
Jannett Alejandra Espitia Villalobos



Siento que soy yo

Kevin Daniel Torres Pulido

Kevin, futbolista retirado, jugó en Envigado, la selección de Bogotá, Fortaleza y Atlético Granada. Además, es estudiante de Diseño Gráfico en la Universidad Politécnico Gran Colombiano.

Recordar su tiempo en el colegio nos remonta al quinquenio de 2010 a 2015, cuando Kevin hizo parte del equipo de fútbol para representar su colegio. Aunque tal vez era indisciplinado en las clases, no llegaba al grado de ser una persona molesta para los profesores. Por el contrario, era muy respetuoso y tenía un gran sentido del humor, lo que le valió el reconocimiento de profesores y estudiantes.

A sus 19 años, emprendió el camino por el fútbol rentado, debutando en 2018 en Deportivo Envigado, experiencia que le dejó una huella, haciéndose profesional del fútbol por un tiempo. Envigado fue el equipo donde actuó durante más tiempo: tres años. En dos ocasiones defendió la camiseta del Envigado; en la selección Bogotá participó en una corta temporada en 2021, antes de su paso al equipo Atlético Granada, donde finalizó su etapa como futbolista activo en 2022.

Su gran capacidad para jugar al fútbol reforzaba sus cualidades, se rodeaba de tanta gente buena e importante para él que siempre lo veían como un líder fuera y dentro de la cancha. Llegó a su máximo nivel deportivo en pocos años y aunque no pudo seguir con su carrera futbolística, hoy en día sigue siendo muy reconocido por sus profesores, estudiantes, compañeros y equipos reconocidos a nivel nacional.

La historia de Kevin nos recuerda al cuento “La niña que me robó el corazón” del autor Fabio Barragán Santos. Este fue el primer libro que Kevin recuerda haber leído, y con el cual se sintió identificado con el personaje principal, ya que sentía que lo que él estaba viviendo en ese momento era definitivamente lo mismo. Compartían la misma pasión por el deporte, su carisma, popularidad, y los buenos amigos; y hasta se enamoró de una chica con una personalidad agresiva, pues ha sufrido mucho en su corta vida. A medida que la relación entre ellos se va desarrollando, el protagonista se da cuenta de que la niña ha robado su corazón y que hará todo lo posible por darle una vida mejor. A lo largo de esta novela, se exploran temas como el amor incondicional, la superación de las dificultades y la importancia de la familia.



Ilustración: Jannett Alejandra Espitia Villalobos

Crónica de un lector



Ana Lucía Sandoval Safra

¿Qué puede pasar en la vida de una niña si, a sus 10 años y por obligación de su colegio, le ordenan leer un libro que solo le genera fastidio y odio hacia la lectura? Pues bien, con lo que leyó, esa niña tiene que realizar una tarea y se dispone a hacerla en la mesa del comedor de su casa. Ya avanzada la noche, tiene sus pequeños ojos color café llenos de lágrimas por no entender lo que leyó, ni lo que está haciendo.

Años después, teniendo aún que leer con fastidio, pero con la necesidad de aprobar la materia de español, de nuevo realiza las lecturas que le disponen académicamente, pero sin hallar gusto alguno. Aun así, cumple con las tareas, pero solo por obtener una buena calificación. En esa dinámica de estudio, se encuentra con más libros en el camino; unos que solo le generan más fastidio y otros que le parecen atractivos, pero ninguno que la logre sorprender.

¿Y si esa niña, a sus 17 años, le da otra oportunidad a la lectura y se encuentra con un libro maravilloso, con un lenguaje claro y una historia que la atrapa y la hace leer el libro entero en menos de una semana? Así sucedió. Encontró un libro que le abrió las puertas al mundo de la literatura; lleno de historias, crónicas y aventuras, logrando comprender la importancia de la lectura en la vida, y de los increíbles mundos que puede descubrir, explorar y recorrer.

La niña ahora es una joven de 20 años, y es muy feliz con su habitación llena de libros. Cada día se va enriqueciendo con la lectura, conociendo nuevos mundos y nuevas historias; siempre carga un libro en la maleta, o descarga una versión electrónica en su Tablet, de manera que siempre tenga algo que leer en sus tiempos libres. La joven, ahora considera importante inculcar hábitos de la lectura desde una temprana edad. Está convencida de que sus beneficios son muchos: como mejorar el lenguaje y la ortografía, desarrollar la memoria y ampliar el vocabulario, entre muchos otros más. También recomienda saber escoger los libros apropiados y adecuados según la edad, el gusto y el interés; de tal modo, que sean contenidos agradables, con historias divertidas que generen emociones en la vida del lector, y que no solo se deben hacer desde niño.

Si llevas mucho tiempo sin saber cómo empezar o aún no has encontrado algo interesante para leer, no hay problema; nunca es tarde para empezar. Sea cual sea la edad que tengas, siempre va a haber un libro, un cuento, una crónica, un ensayo científico, una noticia en una revista o periódico, esperándote con las puertas abiertas, para ser leído y darte la entrada al gran mundo de la lectura. Eres bienvenid@.

Ilustración: Sara Valentina Segura Becerra





Crónica experiencia lectora

Catalina Ángel Caicedo

De pequeña, mi experiencia con la lectura no fue del todo buena, aunque tampoco mala. Hubo muchos acontecimientos que la hicieron agradable. Me gustaban mucho los libros de fantasía y les pedía mucho a mis padres que me compraran libros con historias y hazañas de animales fantásticos y fabulosos, en los que los protagonistas hablaran y vivieran aventuras. Desde los 10 años empecé a interesarme más por los libros que trataban de las vivencias de otras personas, como “El Diario de Greg”, que fue uno de mis libros favoritos de este tipo.

Cuando fui creciendo e ingresé al bachillerato, los libros que me disponían para leer no eran de mi total agrado, ya que en el colegio la profesora de español nos obligaba a leer libros que nos parecían aburridos y muy largos, pues no nos incentivaban a leer algo diferente. Uno de los libros que más sufrí leyendo y hasta cierto rencor le tuve, fue “La Odisea”, porque no me gustaba cómo estaba conformado como poema de 24 cantos, esto hacía que se me dificultara leerlo aún más. Además, la profesora solo nos hacía leer y luego nos evaluaba sobre la comprensión del libro; no había espacio para la socialización, solo era lectura y evaluación. Así mismo, nunca hubo posibilidad de proponer algún libro o autor que nos gustara a nosotros.

Aun así, mi experiencia no fue tan mala, ya que lentamente me fui adentrando a las novelas de romance y ficción. Estas novelas me ayudaron a salir de la monotonía de las lecturas del colegio y me ayudaron a generar una pequeña zona de confort. De hecho, uno de los libros que fortaleció dicha zona fue “Cazadores de sombras. Ciudad de hueso”. Fue un regalo de cumpleaños que me hizo mi papá hace más de 5 años. Al principio pensé que iba a ser uno de esos libros que dejas en la biblioteca o guardas, y solo agradeces por el regalo y nunca más lo vuelves a ver. Pero me puse el reto de empezar a leerme y mientras lo leía más me fascinaba la idea de lo fantástico y lo romántico. Así mismo, este libro hizo que me interesara por este tipo de literatura llenos de romance y aventura, además de fantasía, acción y drama.

Actualmente, son mis libros favoritos; ya que me ayudaron a adentrarme en la lectura y mantener un hábito sano y adecuado.



Ilustración: Lorena Pulido Hurtado



La lluvia sabe por qué

Juan José Pinto

Nunca tuve el hábito de leer. En el colegio, mi acercamiento a la lectura se daba solo por los libros que estaban asociados a cada clase. La mayoría no me gustaban o los dejaba a medias, pero por alguna razón recuerdo uno de todos esos libros. Se llamaba “La lluvia sabe por qué” de María Fernanda Heredia. Recuerdo que contaban la historia del protagonista, y yo creaba las imágenes en mi cabeza. Aunque llegué a un punto en el que se cortaba esa imagen y se empezaba a narrar la historia con otra protagonista; dejando congelada la anterior ilustración y empezando desde cero con otra nueva. Era una forma de obligar al lector a recordar la otra imagen para que, desde otro punto de vista, esa imagen pudiera cobrar sentido.

Pero no solo la lectura me obligaba a crear imágenes en mi cabeza, sino que también me generaba sensaciones y sentimientos que nunca pensé llegar a experimentar. Muchas veces, esos momentos de suspenso me hacían leer más rápido, y otras, por el contrario, más lento por el temor de saber qué pasaba con la historia y cómo iba a terminar.

Nunca imaginé que las páginas de un libro me hicieran sentir así. Tal vez imaginaba que sucediera con una película, ya que las imágenes son explícitas, junto con la atmósfera que genera el sonido, ayudan más a despertar estas emociones. Pero que lo pueda lograr solo un libro, el cual te exige a ti generar imágenes, te regala esa libertad de imaginarlo, y eso estimula la creatividad y el desarrollo del cerebro.

De algún modo, es una forma de crecer.

Ilustración: Yhulian Valeria Serna Rey





Sin Rumbo

Anónimo

Mi acercamiento con el mundo literario comenzó aproximadamente hace 6 años, cuando tomé la decisión de estudiar lenguas modernas. Durante mi carrera, aprendí mucho más sobre mi lengua materna y, en primera instancia, me apasioné por la escritura. Sentía una enorme paz cada vez que afloraban todos aquellos sentimientos que llevaba en mi interior, y los plasmaba en una hoja de papel. Era una sensación totalmente indescriptible para mí. Con el tiempo, me vi envuelto en una situación algo compleja, lo cual se veía reflejado en mis escritos y la forma en que estos eran compuestos. Esto terminó convirtiendo la escritura en algo aún más especial para mí, algo que, de alguna manera, me llevaba fuera de mi realidad y me brindaba esa paz que tanto anhelaba en mi interior.

Sin embargo, a pesar de escribir (casi que, a diario) poemas, canciones, e incluso intentar alguna que otra novela en forma de catarsis, la lectura no era algo en lo cual me viese muy envuelto. Intenté leer en varias ocasiones, pero simplemente nada lograba engancharme al punto de dedicar mi tiempo por completo a ello. Intenté comenzar mi aventura en la lectura con “El psicoanalista” de John Katzenbach. Aunque lo leí en repetidas ocasiones, lo dejé de lado; ya que perdí el interés antes de llegar incluso a la mitad de la obra.

Un par de años después me encontraba en el centro de la ciudad, vagando sin un rumbo fijo y buscando algo que hacer para pasar el rato. Frente al Museo del Oro, vi unos puestos de libros en la calle. Me acerqué por curiosidad y vi un libro que se me hacía algo familiar, “La melancolía de

los feos” de Mario Mendoza. En ese instante recordé que, tiempo atrás, una amiga había hablado de aquel libro. Lo tomé y leí su sinopsis, por un instante caí en cuenta que tenía cierta similitud con “El psicoanalista” en cuanto a la forma en que estos empiezan a contar su historia. Igualmente, había oído hablar en repetidas ocasiones del autor, por lo cual decidí comprar el libro.

Tiempo después, en un momento en el que me sentía muy aburrido, decidí comenzar a leer mi nuevo libro. Fue una sensación bastante extraña la que sentí, algo que no me había ocurrido anteriormente con ningún otro libro. Quedé totalmente atrapado en su historia. Igualmente, el hecho de leer algo donde los sucesos ocurren en lugares que yo mismo conocía, la forma en que se abordaban las calles de Bogotá hacía que tuviera un mayor acercamiento con la obra y tan solo me enganchaba aún más. No era como leer un libro de fantasía o alguno donde los sucesos fuesen el otro lado del mundo, lo que era ampliamente ajeno para mí. Me gustaba esa cercanía que sentía con el entorno y sus personajes; tanto que devoré el libro tan pronto pude. Me encantó la manera en que Mendoza escribía sus obras, o por lo menos con esta fue así, utilizando lenguaje soez, crudeza en sus palabras y siendo bastante explícito. Sin duda, eso hizo que me enamorara de este libro, aparte de conocer una historia que te envuelve y de alguna manera, te hace sentir parte de ella.

Cierto día, me encontraba nuevamente en el lugar donde compré el libro. Vi dos ejemplares que también me llamaron la atención: “Akellarre” y “Diario del fin del mundo”, ambas de Mario Mendoza. Luego de revisarlos un rato, al igual que la primera vez, decidí comprarlos. Empecé a leer “Akellarre” y sentí una sensación similar a la que viví con el primer libro de Mendoza que leí. En este momento me encuentro en la mitad del libro y espero pronto comenzar a leer “Diario del fin del mundo” igualmente.



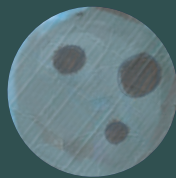




Ilustración: Catalina Aponte Romero



Felicidad confusa

María Camila Várgas

El trayecto hacia el control de ortodoncia no era muy agradable, más aún cuando a mi alrededor había personas acompañadas, riendo, molestando; incluso llorando. Mientras tanto, yo iba mirando el celular, escuchando música o, tal vez, observando cada casa o edificio y demás elementos al interior de un amplio vehículo de transporte público con distintas marcas como Scania, Volkswagen y Mercedes-Benz. ¿Les suena? Es trabajo de ustedes imaginar cuál era.

Mi cita estaba programada generalmente a eso de las 4:30 o 5:00 de la tarde, por lo que salía una hora y media, incluso dos horas antes de mi casa, pues vivía bastante lejos y la distancia era considerable; ideal y perfecta para tener una buena compañía. Pero bueno, no volveremos a lo mismo...

Algunos días contaba con la fortuna de desplazarme a toda velocidad en moto, con mi conductor elegido: mi papá; quien en otras oportunidades era mi compañero de risas en aquellas sillas rojas. Él siempre ha cumplido mis caprichos, soy su niña consentida, su “bebé”; y siempre me lo recuerda. Uno de esos días estaba nublado, hacía bastante frío y el tráfico era pesado por la “hora pico” a plenitud. Los dos íbamos caminando, al tiempo que buscábamos algo para comer mientras llegábamos a casa, hasta que en mi cruce de miradas con las tiendas vi un estante de libros.

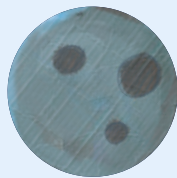
Sinceramente, los libros no son algo que me llame la atención constantemente, mucho menos al lado de un paquete de papas, una empanada o una gaseosa. Sin embargo, en ese momento fijé la mirada en uno cuyo nombre era: “La chica del tren”; un libro del cual no conocía mucho, por no decir casi nada, pero en algún momento había escuchado algo al respecto. Me acerqué, lo cogí y pregunté su precio mientras sentía a mi papá con su cara de asombro.

—¿Lo quieres? Si lo vas a leer todo te lo compro de una—, me dijo mi papá.

Yo no lo pensé dos veces y le respondí afirmativamente. Me sentía feliz y no entendía por qué, seguramente porque era la primera vez que tenía un libro propio en mis manos. A las nueve de la noche, estaba sentada en mi cama con el libro y lo primero que hice fue olfatearlo. No sé a ustedes, pero siento que el olor de los libros es único, me transporta a una biblioteca antigua con un aspecto súper llamativo. Empecé a leer su tabla de contenido y admito que cada capítulo me llamó la atención; así que, sin más rodeos, me dispuse a hacer la lectura diaria antes de dormir. Ya lo estaba tomando como un hábito y, a pesar de ser el primero, era increíble cómo a medida que iba leyendo, dejaba que mi imaginación volara tratando de plasmar cada acción, e incluso los perfiles de los protagonistas.

Como en la mayoría de las relaciones, al principio todo fue perfecto; leía sin falta y cada vez me emocionaba más. De hecho, me enteré de que aparte del libro había una película y fue una gran coincidencia que casi todas las noches la transmitían. Yo la miraba hasta la parte en donde iba en mi lectura, pues no quería adelantarme. Pero al pasar de los días, este asombroso hábito de lectura se fue esfumando y el libro quedó en el cajón de la mesa de noche y no volvió a salir de ahí.

Hubo otro gran libro; y con certeza puedo decir que desde que vi la portada, me atrapó. Acá no aplicó para nada el dicho de que uno juzga a un libro por su portada, pues solo recibió elogios. Surgió de una indicación en la clase de redacción periodística: “escojan un libro, el que más les llame la atención”. Por mi cabeza pasaba de todo, menos alguno de manera específica. Cuando salí de clase, pensando todavía en qué escoger, me dirigí a la cafetería para verme con mi pareja. En ese momento le hablé sobre mi dilema y, acorde a mis gustos, me habló de Mario Mendoza y por eso me recomendó ese gran libro: “Satanás”.



"Juro solemnemente que mis intenciones no son buenas"



Ilustración: Jannett Alejandra Espitia Villalobos

Harry Potter



Las cicatrices pueden ser útiles

Valentina Orjuela Caro

Siempre he estado rodeada de bastante amor; tanto por mi familia, como en el círculo social que me rodea. El cariño en mi vida palpitaba a todo dar y aquellos recursos que necesitara siempre estarían ahí. Sin embargo, en la mayoría de los momentos, la soledad era mi única compañía. Al regresar de la escuela estaba totalmente sola y, aunque en la noche mis padres me invadían de profundo amor, el vacío en la mayoría del día se apoderaba de mi corazón, mi mente y mi alma.

Para la mayoría de los niños es aburrido y agotador realizar sus deberes correspondientes, y al estar cansado debido a un largo día estudiantil, para nadie es un secreto que uno de los mejores remedios es dormir. Así que eso hacía yo: dormir para no sentirme sola en mi hogar, y a la vez olvidar todo lo que tenía que hacer. Obligaciones que los adultos quieren y los niños odian, como cambiarse de ropa para estar más cómodo, comer un delicioso plato hecho por mamá, escribir en el cuaderno unos cuantos renglones y, por mucho, colorear un poco. Para cualquier adulto sería magnífico, pero para los niños es como si les pidieras hacer algo que sí o sí se saldrá de sus manos.

Con el paso del tiempo y debido a mi gran táctica, dejé de lado aquello que de verdad me gustaba: salir al parque con mis amigos, ver la televisión y jugar un poco con el Xbox. Claramente también dejé de lado aquello que no me gustaba, pero que, "sí o sí", debía hacerlo: mis tareas. El tiempo que dormía era excesivamente largo y no me daba cuenta de todas las horas al día que perdía. Por supuesto, mis padres notaron aquel inconveniente y el descuido que estaba asumiendo conmigo misma; razón por la cual me prohibieron las siestas después del colegio. Claramente una niña se siente inconforme ante esta situación, pero nunca fui una retadora ante sus decisiones, porque nunca encontré una razón por la que estuvieran equivocados.

Un día como cualquier otro, mi mamá llegó con una sorpresa para mí. Se trataba del primer libro de mi saga favorita de películas: “Harry Potter y la piedra filosofal”. Mi reacción no fue la esperada, ya que nunca me había llamado la atención leer. Nunca fui una niña que disfrutara esta actividad; por el contrario, me generaba mucho fastidio. El mismo sentimiento que tenía en el colegio cuando nos obligaban a leer libros; y que me provocaban sueño por sus historias aburridas. Historias que casi nunca comprendí, porque sencillamente no me nacía, y que generaba que mi abuelo me recalcará sobre la importancia de leer. Recuerdo que siempre me decía que las personas más inteligentes eran aquellas que leían un libro al mes. ¿Yo? Con mis ocho años, no había leído ni un solo libro completo, ni por obligación, ni mucho menos por gusto o pasión.

En efecto, el libro de Harry Potter quedó en el olvido. Pensé: “Si ya conozco las películas, ¿para qué leería un libro? ¿Qué diferencia puede haber si es exactamente la misma historia?” Sin embargo, mi madre siempre me motivaba a leerlo, ya fuera juntas o no; pero me insistía cada vez más, sin que yo atendiera su propuesta. Cierta día, totalmente aburrida y baja de ánimos, me di cuenta de que el televisor no funcionaba. Debido a ello, la única salida que encontré para no descomponerme y distraerme un poco fue abrir aquello que nunca esperé abrir: un libro.

Para mi sorpresa, el libro me atrapó de una forma inmediata e inexplicable. Aquellos detalles que no estaban en las películas, o los pequeños cambios que había entre ellos, generaban en mí una pequeña emoción que me llevó al recuerdo y sentimiento feliz de la primera vez que las vi en cine. El saber qué pasaría, a pesar de que creía que conocía la historia. Pues, a decir verdad, no la conocía.

Mi creatividad se echó a volar. Las escenas de las películas no se parecían en nada a como las imaginaba con la lectura. Mi cerebro cambiaba todos los escenarios, las apariencias, los elementos; todo era mucho más emocionante. El tiempo parecía fugaz y lo aprovechaba de una forma singular. A partir de ahí, encontré la mejor forma de entretenerme cuando me sentía sola.

Para sorpresa y asombro de mis padres, leí el libro en dos días. Para mi extrañeza personal, logré abrir en mi corazón un impulso profundo para seguir leyendo la saga; encontrando un amor sencillo por los libros de fantasía. Harry Potter salvó mi niñez y en las historias encontré la paz de la soledad. Amplié la imaginación y la felicidad extendió terreno en mi vida. Este mundo mágico y maravilloso cautivó y convirtió mi alma en algo fantástico.



Ilustración: Camila Forero Cuadros





¡Encuentra la sabiduría y compártela!

Anónimo

Estimado lector, reciba un gran abrazo de mi parte, a pesar de la distancia. Espero que las siguientes narraciones sean de su agrado y que pueda compartirlas con quienes desee. Son dichos sapiensales que impactan en nuestras ideas sobre lo que consideramos correcto.

Comienzo relatando algunas experiencias, dejando a los jueces la decisión de creer en mis palabras o contradecirlas. Estas experiencias provienen del corazón y representan un patrón de conducta, que surge de las complejidades del mundo del conocimiento.

Estuve inmerso en un mundo donde vencer las dificultades y carencias era lo más importante, especialmente en sectores marginales a las afueras de la ciudad o en el campo. Estos ambientes suelen reflejarse en series fílmicas, mostrando familias disfuncionales que limitan los sueños de sus hijos con palabras hirientes, malos tratos o golpes. Estas personas se ensañan en hacer sentir a sus hijos, que son quienes mandan y dirigen sus vidas. Estas situaciones son una representación de un mundo paralelo pero muy real, que se manifiesta en este plano físico con la tarea de causar daño. Sin embargo, estas personas no logran redimirse debido a la falta de aptitudes y factores de cambio sinceros.

En parte, estas son las consecuencias de hombres y mujeres que valoran a las personas únicamente por lo que poseen materialmente, engañándose a sí mismos. La vida del hombre no consiste en atesorar bienes materiales en este mundo, ya que de nada le servirán cuando tenga que rescatar su vida o su alma; menos, cuando por delitos o actos indebidos reciba acusaciones y tenga que pagar sus deudas impenitentes, sufriendo la afrenta cometida a otros. Un ejemplo muy común, es cuando se es despojado de la salud, el dinero, la paz o la alegría.

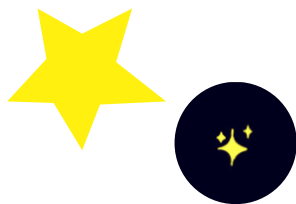
Cuando presencié estas situaciones en mi entorno, surgieron muchos interrogantes dentro de mí. Sobre todo, al ver tantas secuelas de la impiedad y maldiciones que alcanzan vidas inocentes, aunque me tomó bastante tiempo comprender este mundo. Comprendí que estaba lejos de saber que hubo alguien que pagó un precio incontable por la libertad de esclavos y muertos en vida, para procurarles una identidad por medio de la negación de deseos inmorales y muerte espiritual a la participación de estos actos, que siembran semilla de maleza y por ende recogen lo propio.

Finalmente, encontré sentido a mi condición al reflexionar en las palabras de aquel que murió en la cruz; y pude descubrir que estaba sordo, ciego y desnudo, y que las vestiduras que llevaba eran viles, sucias y de mal olor. Una mañana, en una habitación un tanto oscura, leí algo que iluminó mis ojos. En el aparte literal dice así:

"Fueron halladas tus palabras y yo las comí y tu palabra me fue por gozo y alegría en mi corazón, porque se invocó su nombre sobre mí, oh, Dios de los ejércitos." Jeremías 15:16

Desde ese momento, surgió en mí un inexplicable deseo por leer. Tanto, que pasaba días y noches leyendo hasta altas horas. La comprensión de lo que leía me concedía una paz que sobrepasaba mi nivel de entendimiento. Con el tiempo, identifiqué mis rebeldías y agravios a las leyes universales de una creación con propósito, lo que produjo un nuevo cambio en mi mente. Pude aceptar el perdón a todas mis ofensas; tanto las conscientes como las inconscientes.

Espero que estas palabras puedan ser de ayuda para aquellos que las lean. Nunca es tarde para cambiar; para buscar y compartir la sabiduría.



La resistencia de Las PALABRAS,

LAS HISTORIAS QUE NOS CAMBIARON

“La resistencia de las palabras, las historias que nos cambiaron...” Este libro, es el resultado de la iniciativa institucional Polilee, del Politécnico Gran Colombiano, cuyo objetivo es fortalecer la lectura crítica en los estudiantes, docentes y colaboradores de la comunidad del Poli por medio de una aproximación interesante y definida específicamente para cada libro seleccionado.

Es así como Polilee se nutre de espacios de encuentro y conversación con expertos, de contenidos sonoros y audiovisuales relacionados con el relato y su relación con el contexto, y del desarrollo de diferentes propuestas que, desde el aula de clase y las áreas del Poli, brindan la oportunidad de descubrir las múltiples perspectivas que una misma historia puede ofrecer.

En el primer semestre de 2023, nos sumergimos en la lectura del libro “Leer es resistir” de Mario Mendoza, invitando a la comunidad a convertirse en el autor principal de su propia crónica, bien fuera en formato visual o textual. Por medio de la convocatoria denominada “Crónica de un lector”, se buscó que los participantes compartieran sus experiencias con la obra literaria propuesta. Luego de un proceso de curaduría y revisión, se escogieron los ocho mejores cuentos, los cuales tuvieron su reconocimiento y premiación. Sin embargo, en esta ocasión, las demás crónicas postuladas, también hacen parte de esta publicación.

